

N^o 5



Victor Hugo

CONCLUSIÓN AL "RHIN,,

I

Véase de qué manera estaba constituida la Europa en la primera mitad del siglo XVII, hace un poco más de doscientos años (1).

Seis potencias de primer orden: la Santa-Sede, el Sacro-Imperio, Francia y la Gran Bretaña; pronto diremos cuales eran las otras dos.

Ocho potencias de segundo orden: Venecia, los Cantones Suizos, las Provincias-Unidas, Dinamarca, Suecia, Hungría, Polonia, Moscovia.

Cinco potencias de tercer orden: Urbino, Mantua, Módena, Luca, Ragusa, Ginebra.

Descomponiendo este grupo de veinticinco estados y reconstituyéndolos según la forma política de cada uno, se encontraba: cinco monarquías electivas, la Santa-Sede, el Sacro-Imperio, los reinos de Dinamarca, de Hungría y de Polonia; doce monarquías hereditarias, el Imperio turco, los reinos de Francia, de la Gran Bretaña, de España y de

(1) Esta obra fué escrita en 1841.

Suecia, los grandes ducados de Moscovia y de Toscana, los ducados de Lorena, de Saboya, de Urbino, de Mantua y de Modena; siete repúblicas, las Provincias-Unidas, los trece Cantones Suizos, Venecia, Génova, Luca, Ragusa y Ginebra; por fin, Malta, que era una especie de república, á la vez eclesiástica y militar, teniendo un caballero por obispo y por príncipe, un convento por cuartel, la mar por campo, una isla por abrigo, una galera por ejército, la cristiandad por patria, el cristianismo por cliente, la guerra por medio y la civilización por fin.

En esta enumeración de repúblicas, omitiremos las infinitamente pequeñas del mundo político; no citaremos á Andorra ni á San Marino. La Historia no es un microscopio.

Como acaba de verse, los dos grandes tronos electivos se apellidaban santos. La Santa-Sede y el Sacro-Imperio.

La primera de las repúblicas, Venecia, era un estado de segundo orden. En Venecia, el dux estaba considerado como persona privada, y sólo tenía el rango de simple duque soberano; fuera de Venecia, el dux estaba considerado como persona pública, representaba la república y tenía su puesto entre las testas coronadas. Es digno de observarse el hecho de que no existiesen repúblicas entre las potencias de primer orden; pero que hubiera dos monarquías electivas: Roma y el Imperio. Es digno de observarse el hecho de que no existiesen monarquías electivas entre los estados de tercero y cuarto rango; pero que hubiesen cinco repúblicas: Malta, Génova, Luca, Ragusa, Ginebra.

Los cinco monarcas electivos estaban limitados todos: el papa, por el Sacro Colegio y los Concilios; el emperador, por los electores y las dietas; el rey de Dinamarca, por los cinco órdenes del reino; el rey de Hungría, por el palatino, que juzgaba al rey cuando le acusaba el pueblo; el rey de Polonia, por los palatinos, por los grandes castellanos y por los nuncios terrestres. En efecto, quien dice elección, dice condición.

Los doce monarcas hereditarios, así los pequeños como los grandes, eran absolutos, exceptuando el rey de la Gran Bretaña, limitado por las dos Cámaras del Parlamento, y del rey de Suecia, monarquía electiva hasta Gustavo Wasa, y que estaba limitado por sus doce consejeros, por los vizcondes de los territorios y por la burguesía, casi soberana en Stokolmo. A estos dos príncipes, se podría añadir, hasta cierto punto, el rey de Francia, que tenía que contar, aunque rara vez, con los Estados generales, y con alguna más frecuencia, con los ocho grandes Parlamentos del reino. Los pequeños Parlamentos de Metz y de la Baja Navarra no se permitían demasiadas amonestaciones, y por otra parte, el rey no hubiese tenido muy en cuenta sus advertencias.

De las ocho repúblicas, cuatro eran aristocráticas: Venecia, Génova, Ragusa y Malta; tres burguesas: las Provincias-Unidas, Ginebra y Luca; una tan solo popular: la Suiza. Y todavía se tenía allí en gran estimación la nobleza; tanto, que en ciertas ciudades no podía ser magistrado quien no acreditaba cuatro cuarteles.

Malta estaba gobernada por un gran maestro, nombrado por toda su vida, asistido de ocho bayles conventuales, que poseían la gran cruz y sesenta escudos de gratificación, y aconsejado por los grandes priores de veinte provincias. Venecia tenía un dux, nombrado por toda su vida; toda la república vigilaba al dux, el gran Consejo vigilaba á la república, el Senado vigilaba el gran Consejo, el consejo de los Diez vigilaba al Senado, los tres inquisidores del Estado vigilaban al consejo de los Diez, la boca de bronce denunciaba, cuando era preciso, á los inquisidores del Estado. Todo magistrado veneciano tenía la palidez lívida del espía espiado. El dux de Génova duraba dos años; contaba con las veintiocho familias poseedoras de seis casas, con el consejo de los Cuatrocientos, con el consejo de los Ciento, con los ocho gobernadores, el podestá extranjero, los síndicos soberanos, los cónsules, la Rota, el consejo de San Jorge y el consejo de los 44 (1). Terminados los dos años, se le iba á buscar al pie del palacio ducal, y se le trasladaba á su domicilio, diciendo: *Vostra serenità ha finito suo tempo, vostra eccellenza sene vada á casa*. Ragusa, microcosmo veneciano, especie de excrecencia enfermiza de la antigua Albania, colocada sobre un peñasco del Adriático, nido de piratas tanto como de gentiles hombres, tenía por príncipe un rector nombrado á la vez de tres maneras: por escrutinio, por aclamación y por la suerte. Aquel dux enano

(1) Debe pronunciarse *consejo de los cuatro cuatros*. Este consejo se llamaba así por haber sido instituido el año 1444. Se componía de ocho individuos. (N. del A.)

reinaba un mes, tenía por tutores y vigilantes durante su autoridad de treinta días, el gran consejo, compuesto de todos los nobles, los sesenta pregadi, los once del pequeño consejo, los cinco proveedores, los seis cónsules, los cinco jueces, los tres oficiales de la lana, el colegio de los Treinta, los dos camarlengos, los tres tesoreros, los seis capitanes de noche, los tres cancilleres y los condes de las afueras; acabado su mando, recibía cinco ducados como recompensa. Las siete Provincias-Unidas se administraban por un estatudez, que se llamaba Orange ó Nassau, á veces las dos cosas, y por sus estados generales, donde tenían asiento los nobles, las buenas ciudades, los campesinos de las Ommelandas, y de donde la Holanda y la Frisia excluían al clero; Utrecht lo admitía. Luca, que gobernaban los dieciocho ciudadanos del consejo de coloquio, los ciento sesenta del gran consejo, y el comendador de la señoría, asistido por tres terceros de San Salvador, de San Paulino y de San Martín, tenía por jefe culminante á un gonfaloniero elegido por los que tuviesen derecho. Los veinticinco mil habitantes formaban una especie de guardia nacional que defendía y vigilaba la ciudad; cien soldados extranjeros guardaban la señoría. Veinticinco senadores constituía todo el gobierno de Ginebra. La dieta general reunida en Berna, era la autoridad suprema acatada por los trece cantones, regido cada cual separadamente por su landamman ó su magistrado.

Estas repúblicas, como se ve, eran bastante diversas. El pueblo no existía en Malta, no se conta-

ba con él en Venecia, asomaba lá cabeza en Génova, hablaba en Holanda y reinaba en Suiza.

Así, desde los comienzos del siglo XVII, en los veinticinco estados del grupo europeo, el poder social descendía ya de matiz en matiz de la sumidad de las naciones hasta su base, y había tomado y practicado todas las formas que la teoría puede prestar. Plenamente monárquica en diez estados, era monárquica, pero restringida, en siete estados, aristocrática en cuatro, burguesa en tres, plenamente popular en uno.

En este grupo construído por la Providencia, la transición de los estados monárquicos á los estados populares era visible. Sólo la Polonia, estado intermedio, era la que podía agruparse á los reinos por la corona de su jefe, y á las repúblicas por las prerrogativas de sus ciudadanos.

Es digno de notarse que en este arreglo de todo un mundo, por no sabemos que leyes de un equilibrio misterioso, las monarquías poderosas protegían á las repúblicas débiles, y conservaban curiosamente, por decirlo así, aquellas muestras de la burguesía de entonces, bosquejos de la democracia futura, larvas informes de la libertad. Por todas partes la Providencia tiene cuidado de los gérmenes. El gran duque de Toscana, vecino á Génova, hubiera tenido gusto en cogerle la Córcega, y como Luca estaba á la mano, aquella republiquilla hubiese sido absorbida; pero el rey de España le prohibía tocar á Génova, y el emperador de Alemania le prohibía tocar á Luca. Ragusa estaba situada entre dos formidables vecinos: Venecia á oc-

cidente, Constantinopla á oriente. Los ragusianos, inquietos á la derecha y á la izquierda, tuvieron la ocurrencia de ofrecerle al Gran Señor catorce mil cequies al año; el Gran Señor aceptó, y á partir de aquel día, protegía las franquicias de los ragusianos. Una ciudad comprando su libertad al sultán es ya un hecho extraño; los resultados fueron más extraños aún. De vez en cuando, Venecia rugía contra Ragusa; el sultán daba la señal de atención; la república grande quería devorar á la pequeña, y un tirano se lo impedía.

¡Singular espectáculo! ¡Un lobezno amenazado por una loba y defendido por un tigre!

El Sacro-Imperio, corazón de la Europa, se comportaba como la Europa, que parecía reflejarse en él. En la época de que venimos hablando, noventa y ocho estados entraban en esa vasta aglomeración que se llama el imperio de Alemania, y se escalonan bajo los pies del emperador; y en aquellos noventa y ocho estados, estaban representados, sin excepción, todos los moldes de establecimientos políticos que se reproducían en Europa en mayor escala. Había soberanías hereditarias, á la cima de las cuales avanzaban un archiducado, Austria, y un reino, Bohemia; las soberanías electivas y transitorias, entre las que ocupaban el primer rango los tres electorados eclesiásticos del Rin, y finalmente, las setenta ciudades libres, repúblicas como si dijéramos.

El emperador, entonces, como emperador, no tenía más que siete millones de renta. Verdad es que la extraordinaria era considerable, y que como

archiduque de Austria y rey de Bohemia, era ya rico. Solamente de la Alsacia, de la Suabia y de los Grisones sacaba cinco millones de renta, pues allí la casa de Austria contaba catorce comunidades bajo su jurisdicción. Sin embargo, aun cuando el jefe del cuerpo germánico tuviese en apariencia pocos emolumentos, el imperio de Alemania era inmenso en el siglo XVII. Llegaba hasta el Báltico por el norte, al Océano por poniente, y al Adriático por el mediodía. Tocaba al imperio otomano de Kuin á Szolnock, la Hungría en Boszormeny, la Polonia, de Munkacz á Lanenburgo, la Dinamarca en Rendburgo, la Holanda en Croninga, Flandes, en Aix-la-Chapelle, la Suíza en Constancia, la Lombardía y Venecia en Roveredo, y se metía por la Alsacia en la Francia de hoy.

Italia no estaba peor construída que el Sacro-Imperio. Cuando se examinan, siglo por siglo, esas grandes formaciones históricas de pueblos y de estados, se descubren en ellas á cada instante mil delicadas soldaduras, mil ingeniosas cinceladuras hechas por la mano de lo alto, tanto, que se acaba por admirar un continente como una pieza de orfebrería.

Menos grande y menos poderosa que la Alemania, Italia, gracias á su sol, estaba más pronta, más movida, y en apariencia, más viva. La red de intereses se había cruzado allí de tal modo, que jamás podía romperse ni desembrollarse. De aquí un balanceo perpetuo y admirable, una perdurable intriga de todos contra cada uno y de cada uno contra todos; movimiento de hombres y de ideas que

circulaba como la misma vida en todas las venas de Italia.

El duque de Saboya, situado en las montañas, era fuerte. Era un muy poderoso señor; era marqués de Suza, de Cleves y de Saluces, conde de Niza y de Moriana, y tenía un millón de emolumentos, de oro. Estaba aliado á los suizos, que deseaban una tranquila vecindad; estaba aliado con Francia, que tenía necesidad de aquel duque para tener una frontera con los príncipes de Italia, y que había pagado su amistad al precio del marquesado de Saluces; estaba aliado con la casa de Austria, la cual podía conceder ó negar el paso en caso de que ésta quisiera hacer marchar sus tropas del Milanesado hacia los Países-Bajos, *que no son del todo pacíficos, y sacuden siempre el mango*, como decía Mazarino; por último, estaba aliado á los príncipes de Alemania, por la casa de Saxe, de donde descendía. Almenado así en esta cuádruple alianza, parecía inexpugnable; pero como tenía tres pretensiones, una sobre Génova contra la república, la otra sobre Monferrato contra el duque de Mantua, y la tercera sobre la Acaya contra la Sublime Puerta, por esta razón la política le absorbía de tiempo en tiempo para sacudirle ó revolverle.

El gran duque de Toscana tenía un país que se llamaba el *estado de hierro*, una frontera de fortalezas y una frontera de montañas, un millón quinientos escudos de renta, diez millones de oro en su tesoro, quinientos caballos, treinta y cinco mil infantes, doce galeras, cinco galeazas y dos galeones, su arsenal en Pisa, su puerto militar en la isla

de Elba, sus hornos de galleta en Livorna. Estaba aliado al Austria por casamiento y al duque de Mantua por parentesco; pero la Córcega le enredaba con Génova la cuestión de límites con el duque de Urbino, menos poderoso que él, y los celos con el duque de Saboya, más poderoso que él. El defecto de sus montañas era el estar abiertas de la parte del papa; el defecto de sus fortalezas consistía en ser fortalezas de guerra civil, más bien hechas contra el pueblo que contra los extranjeros; el defecto de su autoridad era el estar ejercida sobre tres antiguas repúblicas, Florencia, Siena y Pisa, fundidas y reducidas en una monarquía.

El duque de Mantua era un Gonzaga; además de Mantua, ciudad muy fuerte, en la cual no se puede penetrar sino por puentes, poseía sesenta y cinco villas, quinientos mil escudos de renta y la mejor caballería de Italia; pero como marqués de Monferrato, sentía el peso del duque de Saboya. El duque de Módena era un Este; tenía á Módena y Reggio; pero como duque pretendiente de Ferrara, sentía el peso del papa. El duque de Urbino era un Montefeltro; se extendía en sesenta millas de longitud por treinta y cinco de anchura, poseía un poco de la Umbría y otro poco de la Marca, siete ciudades, trescientos castillos y mil doscientos soldados aguerridos; pero como vecino de Ancona, sentía el peso del papa, y le pagaba cada año dos mil doscientos cuarenta escudos. En el centro mismo de Italia, en un estado de rara forma que cortaba la casi isla en dos partes como una cuerda, residía el papa, del cual bosquejaremos quizás más adelante,

en detalle, el poder como soberano temporal. El papa tenía en su mano derecha las llaves del Paraíso, lo cual no le impedía tener con la izquierda la llave de la Italia interior, Gaeta. Independientemente del estado de la Iglesia, era soberano y señor directo de los reinos de Nápoles y Sicilia, de los ducados de Parma y Urbino, y hasta Enrique VIII, había recibido el homenaje de los reyes bretones por Inglaterra é Irlanda. Su grandeza moral era inmensa. Respetado de cerca, venerado de lejos, confiriendo sin debilitarse dignidades iguales á reinados, coronando á sus cardenales con este exámetro altanero: *Principibus præstant et regibus æquiparantur*, pudiendo dar sin pérdida, recompensar sin gasto y castigar sin guerra, gobernaba á todas las princesas de la cristiandad con la rosa de oro, que le proporcionaba doscientos treinta escudos de renta; y para hacer arrodillar humildemente á los emperadores de Alemania, los que podían poner doscientos mil hombres, que representan hoy un millón de soldados, le era suficiente enseñarles los gorros y los penachos de su guardia suiza, que le costaba doscientos escudos al año.

Al norte de Europa vegetaban en la penumbra popular dos monarquías, demasiado lejanas en apariencia, para agitar el centro. Sin embargo, en el siglo XVI, á la demanda de Enrique II, Cristiano II, rey de Dinamarca, había podido enviar á Escocia diez mil soldados sobre cien navíos. La Suecia tenía treinta y dos enseñas de setecientos hombres cada una, trece compañías ordinarias de caballería, cincuenta velas en tiempo de paz, setenta en tiempo

de guerra y vaciaba al año sieté toneladas de oro, cien mil talers aproximadamente, en el tesoro real. La Suecia aparecía poco brillante, hasta el día en que Carlos XII resumió toda su luz en un relámpago deslumbrador.

En esta época, la Francia militar hablaba muy alto en Europa; pero la Francia literaria balbuceaba todavía. Inglaterra, para las naciones del continente, no era sino una isla considerable ocupada en un comienzo obscuro de turbaciones interiores. La Suíza, y esta es su falta ante la Historia, vendía sus ejércitos al que los pagaba. El que escribe estas líneas, visitaba hace algunos años el arsenal de Lucerna. Admirando las vidrieras del siglo XVI que el senado lucernés se ha visto precisado, según dicen, á ceder á un rentista extranjero mediante mil francos por crucero, llegó á una sala donde su guía le enseñó dos cosas: una grosera chaqueta de montañés al lado de una pica, y un magnífico casacón rojo galoneado de oro al lado de una alabarda. La burda chaqueta era la que llevaban los campesinos de Sempach; el casacón galoneado era del uniforme de la guardia suíza del emperador de Alemania. El visitante no puede por menos que detenerse delante de aquella triste y chocante antítesis. Aquel harapo popular, aquel derecho imperial, el sayal de pastor y la librea de lacayo, bien puede decirse son toda la gloria y toda la vergüenza de un pueblo, colgadas de dos clavos.

Dos viajeros extranjeros que recorrían también el arsenal de Lucerna, exclamaron al pasar junto al autor de este libro: *¿Qué hace esa alabarda al la-*

do de esa pica? El autor no pudo contener esta respuesta: *Cuenta la historia de la Suiza* (1).

(1) Las censuras generales de la Historia admiten siempre restricciones individuales. Es preciso circunscribir la severidad para permanecer en lo justo y en lo verdadero. Sin contradicción, y no obstante todos los motivos de economía política basados en un excedente de población, que se hubiera más honradamente desaguado en emigraciones ó en colonias, sin contradicción esas ventas de ejércitos, hechas por un pueblo libre, á todos los despotismos que tenían necesidad de soldados, son una cosa inmoral y vergonzosa. Eso era, repitámoslo, transformar ciudadanos eu condottieri, un hombre libre en lansquenet, el uniforme en librea. Desgraciadamente, es necesario decir que en el siglo XVII, y aun en el siglo XVIII, el traje militar de los suizos capitulados tenía ese aspecto. Es triste igualmente que la palabra *sutzo*, que despierta en el espíritu una idea de independendencia, pueda también despertar una idea de domesticidad. Aun tenemos los *sutzos* de los hoteles, el *sutzo* de las catedrales. *Me hizo venir de Amiens para ser sutzo*. Pero sería inicuo el extender la reprobación que soporta un hecho de nación considerada en su conjunto, á todos los individuos, con frecuencia honrados y puros, que han participado de este hecho ó lo han sufrido. Apresurémonos á proclamarlo; bajo esa librea, ha habido héroes. Los suizos, aun capitulados, han sido sublimes con frecuencia. Después de haber vendido sus servicios, que podían comprarse, han dado su afección, que no podía pagarse. Abstracción hecha del origen irritante de los concordatos militares, bajo un punto de vista histórico que el autor está lejos de repudiar, los suizos, por ejemplo, estuvieron admirables en las Tullerías. Es hermoso, quizás, que la nación que, la primera en Europa, vertió su sangre por la libertad naciente, haya derramado la última por la soberanía moribunda; y bajo esta conexión, el 10 de Agosto de 1792 no es indigno del 17 Noviembre de 1807.

El diseño que se puede hacer en su espíritu de la Europa en esta época, no sería completo si no nos figurásemos al norte, en el crepúsculo de un invierno eterno, una extraña figura sentada, un poco de la parte de acá del Don, sobre la frontera de Asia. Aquel fantasma que ocupaba las imaginaciones del siglo XVII, como un genio, mitad Dios, mitad príncipe, de las *Mil y una Noches*, se llamaba el gran Knez de Moscovia.

Aquel personaje, mejor asiático que europeo, más fabuloso que real, reinaba sobre un vasto país periódicamente despoblado por las correrías de los tártaros. El rey de Polonia poseía la Rusia Negra, el Knez la Rusia Blanca, es decir, la nieve. Se hacían cien relatos y cien cuentos de él en los salones de París, y extasiándose con las sextillas de Bense-rade á Julia de Ardenas, se preguntaban, para variar de conversación, si estaba bien demostrado que el gran Knez podía poner en campaña trescientos mil caballos. La cosa parecía quimérica, y los que la declaraban imposible, recordaban que el rey de Polonia entró victoriosamente en Moscovia y estuvo en poco que no la conquistase con solos sesenta mil hombres, y que en 1560, el rey de Mogol llegó á Moscou con ochenta mil caballos y la había incendiado. «El Knez es muy rico, escribía madama Pilón, y es dueño y señor absoluto de todas las cosas. Sus súbditos son cazadores de pieles. Se queda las mejores y las de más precio, haciéndose la parte á gusto suyo.»

Los príncipes de Europa, por curiosidad más que por política, enviaban el Knez embajadas casi

irónicas. El rey de Francia vacilaba en darle el tratamiento de alteza. Era aquel tiempo en que el emperador de Alemania no daba al rey de Polonia sino el dictado de serenidad, y en que el marqués de Brandeburgo tenía á insigne honor el ser archichambelán del imperio. Felipe Pernisten, á quien el emperador había enviado á Moscou para saber á que atenerse, había vuelto maravillado de la corona del Knez, que sobrepujaba en valor, según él, á las cuatro coronas reunidas del papa, del rey de Francia, del rey católico y del emperador. Sus vestidos «estaban profusamente sembrados de diamantes, rubíes, esmeraldas y otras piedras, gruesas como avellanas.» Pernisten trajo como presente para el emperador de Alemania «ocho cuarentenas de ardillas y de martas cebelinas, que fueron estimadas en Viena á doscientas libras cada una.» Añadía, por lo demás, «que los circasianos de las cinco montañas eran para aquel príncipe un gran embarazo.» Estimaba la infantería moscovita en *veinte mil hombres*. Cualquiera cosa que fuesen aquellas narraciones orientales, era una distracción para Europa, ocupada entonces en tan fuertes guerras, oír de vez en cuando el chís chás de espadas entretenido y lejano, que hacía en su rincón el Knez de Moscovia, esgrimiendo con el príncipe de los tártaros.

No se tenían de su poder y su fuerza sino ideas muy inciertas. En cuanto á él, más lejano que el rey de Polonia, más lejano que el rey de Hungría, majestad de cabeza rasurado y largos bigotes, más lejano que el gran duque de Lituania, príncipe

bastante metido en pieles, se le distinguía muy claramente, inmóvil sobre una especie de sillón-trono, entre la imagen de Jesús y la imagen de la Virgen, cruzado, mitrado, con los dedos cuajados de sortijas, llevando una amplia túnica blanca como el papa, y rodeado de hombres cubiertos de oro de la cabeza á los pies. Cuando había en su corte embajadores europeos, cambiaba de mitra todos los días para deslumbrarlos.

Más allá de la Moscovia y del gran Knez, en más alejamiento y menos luz, se podía distinguir un país inmenso, en el centro del cual brillaba en la sombra el lago de Caniclu, lleno de perlas, donde hormiguanaban, cambiando entre sí monedas de corteza de árbol y de conchas del mar, mujeres cubiertas de afeites, vestidas, como la tierra inculta, de negro en verano y de blanco en invierno, y hombres vestidos con pieles humanas, desolladas de los enemigos muertos. En el espesor de aquel pueblo, que practicaba ferozmente una religión, compuesta de Mahoma, Jesucristo y Júpiter, en la ciudad monstruosa de Cambalusa, habitada por cinco mil astrólogos y guardada por una innumerable caballería, se entreveía, en medio de los rayos y de los vientos, sentado, con las piernas cruzadas sobre un tapiz circular de fieltro, al gran Kan de Tartaria, que repetía á intervalos con aire terrible estas palabras grabadas sobre su sello: *Dios en el cielo; el gran Kan en la tierra.*

Los desocupados parisienses contaban del Kan, como del Knez, cosas maravillosas. El imperio del Kan había sido fundado, decían, por el general Can-

guiste, que nosotros llamamos hoy Gengis-Kan. La autoridad de aquel jefe era tal, que fué obedecido un día por siete príncipes, á quienes ordenó que matasen á sus propios hijos. Sus sucesores no fueron menores que él. El nombre del gran Kan reinante estaba escrito en el frontispicio de todos los templos con letras de oro, y el último de los títulos de este príncipe, era el de *alma de Dios*. Dividía con el gran Knez la soberanía de las hordas. Un día, sabiendo por los astrólogos que la ciudad de Cambalusa iba á rebelarse, hizo construir otra al lado, que llamó Taidu. He aquí lo que era el gran Kan.

En el siglo XVII, no hay que olvidar que hace de esto doscientos años, había fuera de Europa, al norte y á oriente, una serie fantástica de príncipes prodigiosos é increíbles, escalonados en la sombra; espejismo extraño, fascinación de los poetas y de los aventureros, que en el siglo XIII hicieron pensar á Dante y partir á Marco Polo. Cuando se caminaba hacia esos príncipes, ellos parecían retroceder en las tinieblas; pero buscando su imperio, se encontraba tan pronto un mundo, como Colón, ó una epopeya, como Camoëns. Hacia la frontera septentrional de Europa, la primera de esas figuras extraordinarias, la más aproximada y la mejor aclarada, era el gran ducado de Lituania; la segunda todavía distinta, era el gran Knez de Moscovia; el tercero, ya confuso, era el gran Kan de Tartaria, y más allá de esas tres visiones, el gran kedive, sobre su trono de oro, el gran sofí sobre su trono de plata, el gran zamorín sobre su trono de bronce, el

gran mogol rodeado de elefantes y de cañones de bronce, el cetro tendido sobre cuarenta y siete reinos, el gran bama, el gran catay, el gran dair, cada vez más vagos, cada vez más enormes, perdiéndose los unos tras los otros en las brumas profundas del Asia.



II

Salvo algunos detalles que vendrán en su lugar y que no desordenarán en nada este conjunto, tal era la Europa en el momento que hemos indicado. Como se ha podido reconocer, el divino dedo que conduce las generaciones de progreso en progreso, estaba desde entonces visible por todo en la disposición interior y exterior de los elementos que la constituían, y esta colmena de reinos y de naciones estaba admirablemente construída para que las ideas pudiesen ya ir y venir á su guisa, y hacer, en la sombra, la civilización.

No tomando sino el conjunto y admitiendo las restricciones que están en todas las memorias, este trabajo, que es la verdadera tarea del género humano, se hacía en los comienzos del siglo XVII en Europa mejor que en parte alguna. En aquel tiempo en que vivían respirando el mismo aire, y por consiguiente, aunque fuese inconscientemente, el mismo pensamiento, fecundándose por la observación de los mismos acontecimientos, Galileo, Grocio, Descartes, Gasseudi, Harvey, Lope de Vega, Guido, el Pusino, Ribera, Van Dyck, Rubens, Guillermo de Orange, Gustavo Adolfo, Walsteim, Richelieu, joven, el joven Rembrand, el joven Salvador Rosa, el joven Milton, el joven Corneille y el viejo Shakespeare, cada rey, cada pueblo, cada

hombre, por la pendiente de las cosas, convergían al mismo objeto, que es todavía hoy el fin á donde tienden las generaciones: el mejoramiento general de todo para todos, es decir, la civilización misma. La Europa, insistamos sobre este punto, era lo que es hoy todavía, un gran taller donde se elaboraba en común aquella obra magna.

Dos solos intereses, separados en un fin egoísta de la actividad humana, espiondo sin cesar para escoger su momento, el vasto taller europeo, procediendo el uno por la invasión, el otro por la usurpación; uno ardiente y terrible en su paso, rompiendo de vez en cuando las barreras y abriendo brecha en la muralla; el otro hábil, mañoso y político, deslizándose por todas las puertas entrecabiertas, ambos ganando terreno incesantemente, conturbaban, oprimían entre ellos y amenazaban entnces á Europa. Aquellos dos intereses, enemigos por otra parte, se personificaban en dos imperios, y esos dos imperios eran dos colosos.

El primero de estos dos colosos, que había tomado posición sobre un extremo del continente, en el fondo del Mediterráneo, representaba el espíritu de la guerra, de la violencia y de la conquista: la barbarie. El segundo, situado al otro extremo, en el umbral de la mar misma, representaba el espíritu del comercio, de la astucia y de la invasión: la corrupción. Aquellos eran ciertamente los dos enemigos naturales de la civilización.

El primero de estos dos colosos se apoyaba potentemente en Africa y en Asia. En Africa poseía Argel, Túnez, Trípoli de Berbería y el Egipto en-

tero de Alejandría á Sycna, es decir, desde el Peñón de Velez al istmo de Suez; de allí se metía en la Arabia Troglodita, desde Suez, en el mar Rojo, hasta Suakem.

Poseía tres de las cinco tablas en que Tolomeo ha dividido al Asia: la primera, la cuarta y la quinta.

Poseer la primera tabla, era tener el Ponto, la Bitinia, la Frigia, la Licia, la Paflagonia, la Galacia, la Panfilia, la Capadocia, la Armenia menor, la Caramania, es decir, todo el Trapecio de Tolomeo, desde Alejandreta á Trebizonda.

Poseer la cuarta tabla, era tener la Chipria, la Siria, la Palestina, toda la ribera desde Firámide á Alejandría, la Arabia Desierta y la Arabia Pétreá, la Mesopotomia y Babilonia, que se llamaba Bagaret.

Poseer la quinta tabla, era tener todo lo comprendido entre dos líneas, una de las cuales sube de Trebizonda hacia el norte hasta la Hermanassa de Tolomeo y hasta el Bósforo Cimeriano, que los italianos llamaban Boca de San Juan, y la otra, rozando la Arabia Feliz, va de Suez á la embocadura del Tigris.

Además de estas tres inmensas regiones, poseía la Grande Armenia y todo lo que Tolomeo incluye en la tercera tabla de Asia, hasta los confines de la Persia y de la Tartaria.

Así, sus dominios de Asia tocaban, al norte, el Archipiélago, el mar de Mármara, el mar Negro, las Meólidias y la Sarmacia Asiática; á levante, el mar Caspio, el Tigris y el golfo Pérsico, que se llama

maba mar de Elcalif; á poniente, el golfo Arábigo, que es el mar Rojo; á mediodía, el océano Indico.

En Europa tenía el Adriático á partir de Ruin por encima de Ragusa, el Archipiélago, la Propóntida, el mar Negro hasta Caffa, en Crimea, que es la antigua Teodosia; la Alta Hungría, hasta Buda; la Tracia, Rumelia en la actualidad; toda la Grecia, es decir, la Tesalia, la Macedonia, el Epiro, la Acaya y la Morea; casi toda la Iliria, la Dalmacia, la Bosnia, la Servia, la Dacia y la Bulgaria; la Moldavia, la Valaquia y la Transilvania, cuyos tres vaivodas le pertenecían; todo el curso del Danubio, desde Watzen á su desembocadura.

Poseía en riberas de mar, once mil doscientas ochentas millas italianas, y en superficie de tierra, un millón doscientos tres mil doscientas diecinueve millas cuadradas.

Figurese á ese gigante de nuevecientas leguas de envergadura y de mil cien leguas de longitud, acostado sobre su vientre á través del viejo mundo, el talón izquierdo en Africa, la rodilla derecha en Asia, un codo sobre la Grecia, otro codo sobre la Tracia, la sombra de su cabeza sobre el Adriático, el Austria, la Hungría y la Podolia, avanzando su monstruosa cabeza tan pronto sobre Polonia, tan tan pronto sobre Alemania, y mirando á Europa.

El otro coloso tenía por sede, bajo el cielo más hermoso del mundo, una casi isla bañada al levante por el Mediterráneo y al poniente por el Océano, separado de Africa por un estrecho brazo de mar, y de la Europa por una alta cadena de montañas. Esta casi isla contenía dieciocho reinos, á los cuales imprimió su unidad.

Poseía á Serpa y Tánger, que son los cerrojos del estrecho de Gibraltar, y según que le convenía abrir ó cerrar, hacía del Mediterráneo un mar ó un lago. De su casi isla esparcía sus flotas en este mar por veintiocho grandes puertos metropolitanos; sobre el Océano tenía treinta y siete.

Poseía en Africa el Peñón de Velez, Melilla, Orán, Mezelquivir, que es la mejor obra del Mediterráneo, Nazagán, y toda la costa desde el cabo de Aguirre al cabo Guardafuí; en América, una gran parte de la casi isla septentrional, la costa de Florida, la Nueva España, el Yucatán, México y el cabo de California, Chile, Perú, Brasil, el Paraguay, toda la casi isla meridional hasta la Patagonia; en Asia, Ormuz, Diu, Goa, Malaca, que son las cuatro mejores plazas fuertes de la costa; Daman, Bajin, Zanaa Ciaul, el puerto de Colomban, los reinos de Camanor, de Cochín y de Colan, con sus fortalezas, y excepto Calcuta, toda la ribera del océano Indico, de Damán á Melipur.

Tenía en el mar, y en todos los mares, las tres islas Baleares, las doce islas Afortunadas, las Azores, Puerto Santo, Madera, las siete islas de Cabo Verde, San Tomás, la Isla-Dios, Mozambique, la gran isla de Baarem, la isla de Manar, la isla de Ceilán; cuarenta y dos islas Filipinas, la principal de de las cuales, Luzón, tiene doscientas leguas de longitud; Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, las cuatrocientas islas Lucayas y las islas de la mar del Norte, de las que no se sabía ni aun el nombre.

Esto era poseer todo el mar, casi toda la Amé-

rica; y en Africa y en Asia, casi todo lo que no poseía el otro coloso.

En Europa, además de su vasta casi isla, centro de su poderío y de su irradiación, poseía la Cerdeña y la Sicilia, que son bastante importantes para no ser contadas como islas. Tenía á Italia por sus dos extremos: por el reino de Nápoles y por el ducado de Milán, siendo ambos de su pertenencia. En cuanto á Francia, la oprimía quizás más estrechamente aún, y los tres estados que tenía sobre sus fronteras, traza una especie de semicírculo, el Rosellón, el Franco Condado y Flandes, parecían como un brazo encorvado á su alrededor.

El primero de estos colosos era la Turquía; el segundo era España.



III

Estos dos imperios inspiraban á Europa, uno, un profundo terror, el otro, una profunda desconfianza.

Por la Turquía, era el espíritu de Asia el que se esparcía en Europa; por España, era el espíritu de Africa.

El islamismo, bajo Mahomet II, habíase enseñoreado formidablemente del paso del Buey, Bos-Poros, y había plantado con insolencia su cola de caballo amarrada á una pica en la ciudad que tiene siete colinas como Roma, y que ya tenía iglesias cuando Roma aun no tenía sino templos.

Desde aquel fatal año de 1453, la Turquía, como hemos dicho más arriba, había representado en Europa la barbarie. En efecto, todo cuanto tocaba, perdía en pocos años toda forma de civilización. Con los turcos, y al propio tiempo que ellos, el incendio inextinguible y la peste perpetua se habían instalado en Constantinopla. En esta ciudad, que había dominado tan largo tiempo la cruz luminosa de Constantino, había ahora, y continuamente, un torbellino de llamas ó un pabellón negro.

Uno de esos acaecimientos misteriosos en que el espíritu cree ver legiblemente escritas las enseñanzas directas de la Providencia, había entregado como presa aquel temible pueblo, la metrópoli mis-

ma de la sociabilidad humana, la patria del pensamiento, la tierra de la poesía, de la filosofía y del arte, la Grecia. En un instante, al solo contacto de los turcos, la Grecia, hija de Egipto y madre de Italia, la Grecia se había tornado bárbara. No sabemos qué lepra había desfigurado su pueblo, su sol, sus monumentos, hasta su admirable idioma.

Un tropel de consonantes feroces y de sílabas erizadas habían crecido, como la vegetación de espinas y de malezas que obstruyen las ruínas, sobre sus palabras más dulces, más sonoras, más armoniosas, mejor pronunciadas por los poetas. El griego, al pasar por la boca de los turcos, se había convertido en una jerga. Los vocablos turcos, confusión de todos los idiomas de Asia, habían adulterado para siempre, precipitándose revueltos, aquella lengua tan transparente, tan pura y tan espléndida, lengua de cristal de donde salía una poesía de diamante.

El nombre de las ciudades griegas se había deformado, volviéndose repugnante. Las comarcas vecinas sobre las cuales radiaba antaño Helena, habían sufrido la misma mancha; Argos se había transformado en Filoquia; Delos, en Dili; Didymo-Tychos, en Dimotne; Tzorolus, en Tehurli; Zefirium, en Zafra; Sagalesso, en Sadjaklu; Nyssa, en Nus Sher; Morissos, en Mucius; Cybistra, en Bustereh; el río Acheloüs, en Asprio-Potamos, y el río Poreto, en Pruth. ¡No es con el doloroso sentimiento que inspiran la degradación y la parodia, como se reconocen en Stan-ko, á Cos, patria de Apeles y de Hipócrates; en Fronda, á Phaselis, donde Alejandro

tuvo que meter un pie en el mar; tan estrecho era el pasaje Climax; en Hesen-now, á Novus, donde estaba el tesoro de Mitrídates; en Skipsilar, á Scapta-Hyla, donde Tucídides poseía minas de oro y escribía sus anales; en Temeswar, á Tomi, donde fué desterrado Ovidio; en Kopso, á Cutusos, donde fué desterrado San Crisóstomo; en Guinstendil, á Justiniana, cuna de Justiniano, en Salenti; Trajanópolis, tumba de Trajano!

El Olimpo, la Ossa, el Pelión y el Pindo, se llamaban el beyliato de Janina; un bajá, acurrucado sobre una piel de tigre, fruncía el ceño en la misma montaña que Júpiter. La amarga irrisión que parecía nacer de los montes, salía también de las cosas; la Estrella, aquella antigua república tan poderosa y fuerte, formaba el Despotado. En cuanto al valle de Tempe, *frigida Tempe*, vuelta salvaje é inaccesible bajo el nombre de Lycostomo, llena para siempre de odio, de zarzas y de obscuridad, se había metamorfoseado en el valle de los Lobos.

La idea terrible que despierta la barbarie hecha nación, teniendo armadas y ejércitos, se encarnaba viviente y completa en el sultán de los turcos. Apenas si la Europa se atrevía á mirar de lejos á aquel príncipe espantoso. Las riquezas del sultán, del Turco, como se le llamaba, eran fabulosas; su renta excedía de quince millones de oro. La sultana, hermana de Selím, tenía dos mil quinientos cequíes de oro de renta diariamente. El Turco era el primer príncipe en lo tocante á caballería. Sin contar su guardia inmediata, los catorce mil genizaros de infantería, tenía siempre á su lado, en pie de guerra,

cincuenta mil spahis y ciento cincuenta mil timariotas, lo que sumaban doscientos mil caballos. Sus galeras eran innumerables. El año después de Lepanto, la flota otomana hacía todavía frente á todas las marinas reunidas de la cristiandad. Tenía tan gruesa artillería, que si había que creer al rumor popular, el viento de sus cañones derrumbaba las paredes.

Se recordaba con pavor que en el sitio de Constantinopla, Mahomet II había hecho construir, de fábrica zunchada con abrazaderas de hierro, un monstruoso mortero que se manejaba sobre rodillos, y que dos mil bueyes apenas podían arrastrar, el cual, inclinando su boca hacia la ciudad, vomitaba noche y día torrentes de betún y bloques de piedra.

Los otros príncipes, con sus cañones y sus bombardas, parecían muy poca cosa al lado de aquellos salvajes sultanes que vertían así volcanes sobre las ciudades. El poder del Turco era de tal manera desmesurado, y acudía tan bien á todas partes, que luchando con Europa, Solimán había tomado el Diarbekir á la Persia, y Amuzates, la Media; Solimán había conquistado á los mamelucos el Egipto y la Siria, y Amuzates III había exterminado á los georgianos, aliados con el sofí. El sultán no ponía en comunicación con los reyes de la cristiandad sino la puerta de su palacio. Fechaba desde el estribo imperial las cartas que les escribía, ó mejor, las órdenes que les daba. Cuando entraba en un acceso de cólera, hacía romper los dientes de los embajadores, á puñetazos, por mano del verdugo.

Aun para los turcos, la aparición del sultán era cosa temible. Los nombres que le daban expresaban el espanto más que nada; le titulaban el *hijo de la esclava*, y llamaban á su palacio la *casa del asesino*. Lo significaban á las demás naciones con siniestras glorificaciones. *Por donde pasa su caballo*, decían, *no vuelve á nacer la hierba*.

El rey de España y de sus Indias, especie de sultán católico, era él solo más rico que todos los príncipes de la cristiandad reunidos. No contando sino su renta ordinaria, sacaba cada año de Italia y de Sicilia cuatro millones de oro, dos millones de oro de Portugal, catorce millones de oro de España, treinta millones de oro de América. Las diecisiete provincias del Estado de los Países Bajos, que comprendía entonces el Artois, Cambresis y las Ardenas, pagaban anualmente al rey católico un ordinario de tres millones oro. Milán era una rica presa, codiciada de todas partes, y por lo tanto, difícil de guardar. Era preciso vigilar á Venecia, vecina celosa; cubrir de tropas la frontera de Saboya, para detener al duque *deslizándose de imprevisto*, como decía Sully; armar bien el fuerte de gentes, para tener en respeto á los suizos y los grisonos; cuidar y preparar las buenas ciudadelas del país, sobre todo Novara, Pavia y Cremona, *que tiene, como escribía Montluc, una torre tan fuerte como puede desearse, y que se incluye entre las maravillas de Europa*.

Como la ciudad era levantisca, era preciso mantener allí una guarnición española de seiscientos hombres de armas, de mil caballos ligeros y de tres

mil infantes, y de conservar el castillo, de Milán en el cual se trabajaba sin cesar. Milán, como se ve, costaba bastante caro; sin embargo, pagados todos los gastos, el Milanésado reportaba todos los años á España ochocientos mil ducados. Las más pequeñas fracciones de esta enorme monarquía daban su dinero; las islas Baleares aprontaban cincuenta mil escudos anuales. Todo esto, como hemos dicho, era la renta ordinaria. La extraordinaria era incalculable. El solo producto de la Cruzada equivalía á la renta del reino; sólo con los subsidios de la iglesia, el rey mantenía cien buenas galeras. Añádase á esto la venta de los mandos, la caducidad de estados y de bienes, las alcabalas, los tercios, las confiscaciones, los dones gratuitos de pueblos y de personas. Cada tres años el reino de Nápoles donaba un millón cien mil escudos de oro, y en 1615, Castilla ofreció al rey, que se dignó aceptar, cuatro millones de oro, pagaderos en cuatro años.

Esta riqueza se resolvía en poder. Lo que era el sultán por la caballería, lo era por la infantería el rey de España. Se decía en Europa: *caballería turca, infantería española*. Ser grave como un gentil-hombre, diligente como un miguelete, sólido ante el choque de los escuadrones, imperturbable á la mosquetería, conocer sus ventajas y sus desventajas en la guerra, conducir silenciosamente sus ímpetus, seguir al jefe, permanecer en filas, no extravíarse, no olvidar nada, no discutir, servirse de todo, sufrir el frío, el calor, el hambre, la sed, las dificultades, las penalidades y la fatiga, marchar cuando los otros combatían, combatir cuando los

otros marchaban, hacer de la paciencia el fondo de todo, y del valor el escape de la paciencia; he aquí cuales eran las cualidades del infante español. Este era el soldado español que había rechazado á los moros, pasado al Africa, dominado la costa, sometido la Etiopía y la Cafrería, tomado Malaca y las islas Molucas, conquistado la vieja India y el Nuevo Mundo. ¡Admirable infantería que no se quebró hasta el día en que chocó con el gran Condé! Después de la infantería española, por orden de excelencia, la infantería walona, y la infantería walona pertenecía también al rey de España. Su caballería, que no cedía sino á la turca, era la mejor montada que había en Europa; los potros de España, los corredores de Italia, los caballos de Borgoña y de Flandes. Los arsenales del rey católico rebosaban de municiones de guerra. Sólo en las tres salas de armas de Lisboa, había corseletes para quince mil hombres de á pie, y corazas para diez mil jinetes. Sus fortalezas eran sin número y repartidas por todo, y diez entre ellas. Coliure, Perpiñán y Salces en el mediodía, al norte, Gravelinas, Valenciennes, Dunquerque, Hesdin, Arras, Felipeville y Mariemburgo, hacían brecha á la Francia de hoy.

El mayor poder de España, tan poderosa por sus fortalezas, su caballería y su infantería, no eran su infantería, su caballería ni sus fortalezas; era su armada. El rey católico, que tenía los mejores soldados de Europa, tenía también los mejores hombres de mar. Ningún pueblo navegante igualaba entonces á los catalanes, á los portugueses y genoveses. Sevilla, que se contaba en aquella época en-

tre las principales ciudades marítimas de Europa, aunque situada bastante al interior, y donde abor-
daban todas las flotas de Méjico y del Perú, era un
semillero de marinos.

Para formarnos una idea completa del peso que
tenía España como potencia marítima, hemos que-
rido saber, á ciencia fija, lo que era la gran armada
de Felipe II, tan famosa y tan poco conocida, como
tantas cosas famosas. La Historia lo refiere, y se ex-
tasía; pero la Historia, que aborrece el detalle, y
que, según nosotros, hace mal aborreciéndolo, no
dice las cifras. Estas cifras las hemos buscado en la
sombra donde la Historia las había dejado, y á
costa de esfuerzos, las hemos encontrado; helas
aquí. Nada, á nuestro juicio, más instructivo ni más
curioso.

Esto era en 1588. El rey de España quiso con-
cluir de una vez con los ingleses, que ya molesta-
ban é importunaban al coloso. Aparejó una armada.
Había en aquella flota veinticinco bajeles gruesos
de Sevilla, veinticinco de Vizcaya, cincuenta meno-
res de Cataluña y Valencia, cincuenta barcas de la
costa de España, veinte chalupas de las cuatro vi-
llas de la costa de Guipúzcoa, cien gabarras de Por-
tugal, catorce galeras de España y treinta urcas de
Alemania; en todo, trescientas cincuenta velas, ma-
nejadas por nueve mil hombres.

No se apreciará exactamente esta escuadra, si
no se tiene en cuenta lo que era entonces una gale-
ra. Una galera representaba una suma considera-
ble. Toda la costa septentrional de Africa, excep-
tuando Argel y Trípoli, no producían al sultán lo
suficiente para construir y mantener dos galeras.

La provisión de boca de la armada era inmensa. Véase aquí la cifra singular y bastante exacta: ciento sesenta y siete mil quinientos quintales de galleta, proporcionados por Murcia, Burgos, Campos, la Sicilia, Nápoles y las islas; once mil quintales de carne salada, proporcionados por Extremadura, Galicia y Asturias; once mil quintales de tocino, suministrados por Sevilla, Ronda y Vizcaya; veintitres mil barriles de pescado salado, sacados de Cádiz y los Algarbes; veintiocho mil quintales de queso, suministrados por Mallorca y Portugal; catorce mil quintales de arroz, suministrados por Génova y Valencia; veintitrés mil medidas de aceite, proporcionadas por Andalucía; la medida equivalía á veinticinco libras; veinticinco mil fanegas de habas, suministradas por Cartagena y Sicilia; veintiséis mil cántaras de vino, sacadas de Málaga, Marbella, Jerez y Sevilla. Las provisiones en grano, hierro y telas procedían de Andalucía, de Nápoles y de Vizcaya. Su total se ha perdido.

Esta flota conducía un ejército; veinticinco mil españoles; cinco mil sacados de los regimientos de Italia, seis mil de Canarias, de las Indias y de las guarniciones de Portugal, el resto, de reclutamientos; doce mil italianos mandados por diez maestros de campo; veinticinco mil alemanes, mil doscientos caballos ligeros de Castilla, doscientos de la costa y doscientos de la frontera, es decir, mil seiscientos jinetes; tres mil ochocientos bombarderos y cuatrocientos gastadores, lo cual, comprendidos los nueve mil marinos, hacían un total de setenta y seis mil ochocientos hombres.

Aquella monstruosa expedición hubiera anonado á Inglaterra. Un golpe de viento dió al traste con ella. Aquel golpe de viento, que sopló durante la noche del 2 de Septiembre de 1588, ha cambiado la forma del mundo.

Además de las fuerzas visibles, España tenía sus fuerzas ocultas. Su superficie era grande; pero su profundidad era inmensa. Tenía galerías subterráneas bajo todos los suelos, zapas, minas y contra-minas, hilos ocultos, ramificaciones desconocidas, raíces inesperadas. Más tarde, cuando Richelieu empezó á descargar golpes de pico en el viejo suelo europeo, quedaba sorprendido á cada momento, sintiendo rebotar el útil y encontrando á España. Lo que se veía de ésta á la luz del día, iba lejos; lo que no se veía, penetraba más aún. Se podía decir que en los asuntos europeos de aquella época, había más España debajo que encima.

Tenía á los príncipes de Italia por conciertos matrimoniales, *Austria, nube*; á las repúblicas comerciales, por el comercio; al papa, por la religión, por no sabemos qué cosa de más católico que la misma Roma: al mundo entero, por el oro, del cual tenía la llave. La América era el arca de caudales; España era el cajero. Como casa de Austria, dominaba pomposamente á la Alemania y la minaba sor-damente. Alemania, en los mil años de su historia moderna, ha sido poseída una vez por el genio de Francia, bajo Carlomagno, y una vez por el genio de España, bajo Carlos Quinto. Solamente que muerto Carlos Quinto, España no dejó la Alemania.

España, como se ve, tenía algo de más potente que su potencia, y era su política. La potencia es el brazo; la política es la mano.

La Europa, como se concibe, se encontraba incómoda entre estos dos gigantescos imperios, que pesaban sobre ella con el peso de dos mundos. Comprimida por España en occidente y por Turquía en oriente, cada día se sentía empequeñecer, y la frontera europea, lentamente rechazada, retrocedía hacia el centro. La mitad de la Polonia y la mitad de la Hungría estaban ya invadidas, y á duras penas Varsovia y Buda permanecían en la parte de acá de la barbarie. La orden mediterránea de San Juan de Jerusalén había sido rechazada, bajo Carlos Quinto, de Rodas á Malta. Génova, cuya dominación llegaba anteriormente hasta el Tanaïs, Génova, que había poseído antaño á Chipre, Lesbos, Quio, Pera y un pedazo de la Tracia, y á la que el emperador de Oriente había cedido Miteleno, había ido sucesivamente perdiendo pie delante de los turcos de posesión en posesión, y se veía ahora reducida á la Córcega.

Europa resistía, sin embargo, á los dos estados invasores. Concitaba contra ellos todas sus fuerzas, para emplear el enérgico lenguaje de Sully y de Mathieu. Francia, Inglaterra y Holanda se las mantenían tiasas contra España; el Sacro Imperio, ayudado por Polonia, Hungría y Venecia, Roma y Malta, luchaban contra los turcos.

El rey de Polonia era pobre, por más que fuera más rico que si hubiese sido rey de uno de los tres grandes reinos de Escocia, de Cerdeña ó de Nava-

rra, los cuales no producían cien mil escudos de renta; tenía seiscientos mil escudos al año, y la Lituania los costeaba. Excepto algunos regimientos suízos ó alemanes, no tenía infantería; pero su caballería, compuesta de cien mil combatientes poloneses y de sesenta mil lituanios, era excelente. Esta caballería, protegiendo una vasta frontera, tenía bastante eficacia para defender contra las hordas del sultán el tembloroso rebaño de naciones civilizadas, estaba organizada á la turca, y salvaje, feroz y violenta en su porte, se parecía á la caballería otomana, como el perro-lobo se parece al lobo. El emperador cubría el resto de la frontera, de Ruin, sobre el Adriático, á Szolnock, cerca del Danubio, con veinte mil lansquennetes, gasto insuficiente en tiempo de paz. Venecia y Malta cubrían el mar.

No mencionaremos á Génova sino de paso. Génova, humillada demasiadas veces, vigilaba sus orillas con cuatro galeras, dejaba podrir otras veinticinco en sus arsenales, se arriesgaba en las afueras y se abrigaba bajo el rey de España.

Malta tenía tres corazas: sus fortalezas, sus navíos y el valor de sus caballeros. Aquellos bravos gentiles hombres, sometidos en Malta á reglas sumarias de tal modo severas, que el más calificado entre ellos no podía mandarse hacer un traje nuevo sin permiso del baile ropero, se vengaban de sus constreñimientos castrales por un desencadenamiento de bravura inaudito, y ovejas en la isla, se convertían leones en el mar. Una galera de Malta que no llevaba nunca más allá de dieciséis cañones

y quinientos combatientes, atacaba sin vacilar á tres galeones turcos.

Venecia, opulenta y osada, apoyada en siete ciudades fuertes que estaban por ella, en Lombardía y en la Marca, dueña del Friul y de Istria, señora del Adriático, cuya guardia le costaba cinco mil escudos anuales, bloqueando á los uscocos con cinco fustes siempre armados, orgullosamente instalada en Corfú, en Zante, en Cefalonia, en todas las islas de la costa, desde Zara hasta Cerigo, manteniendo perpetuamente sobre pie de guerra veinticinco mil cernidas, treinta y cinco mil lansquenettes, suízos y grisonos, mil quinientas lanzas, mil caballos-ligeros lombardos y tres mil estradiotas dálmatas, Venecia hacía resueltamente sombra al sultán. Aun cuando hubo perdido Andio y Paros, que tenía en el Archipiélago, conservó á Candía, y allí, erguida sobre aquella barrera natural que cierra el mar Egeo, cerrando á los turcos la salida del Archipiélago y la entrada del Mediterráneo, tenía en jaque á la barbarie.

El servicio de mar en Venecia implicaba la nobleza. Todos los capitanes y subcómities de los navíos eran nobles venecianos. La república tenía siempre en el mar cuarenta galeras, de las cuales veinte eran gruesas. En su magnífico arsenal, único en el mundo, tenía doscientas galeras, obreros capaces de poner fuera de puerto treinta navíos en diez días y un armamento suficiente para todas las marinas de la tierra.

La Santa Sede era un gran socorro. Nada más curioso que investigar hoy qué príncipe temporal,

qué potencia política y militar residía' entonces en el papa, situado á tanta altura como príncipe espiritual. Roma, que había tenido en otro tiempo cincuenta millas de circuito, sólo tenía entonces dieciséis; sus puertas, divididas antaño en catorce regiones, se habían reducido á trece; había sufrido siete saqueos históricos; pero aun cuando violada, permanecía santa; aunque desmantelada, permanecía fuerte. *Roma*, si se nos permite recordar lo que hemos dicho en otra parte, *será siempre Roma*. El papa tenía una de las Marcas de Italia, Ancona, y uno de los cuatro ducados lombardos, Spoleto; poseía Ancona, Comachio, y las bocas del Po, sobre el golfo de Venecia, Civita-Vecchia en el mar Tirreno. El estado de la iglesia comprendía la campiña de Roma y el patrimonio de San Pedro, la Sabina, la Umbría, es decir, toda la sombra de los Apeninos, la marca de Ancona, la Romana, el ducado de Ferrara, el país de Perugia, la Bolonia y un poco de Toscana; una ciudad de primer orden, Roma; una de segundo, Bolonia; ocho de tercero, Ferrara, Perugia, Ascoli, Ancona, Forli, Rávena, Fermo y Viterbo; cuarenta y cinco poblaciones de todas clases, entre las cuales sobresalían Rímíni, Cesena, Fayenza y Spoleto; cincuenta obispados y millón y medio de habitantes. Además, el Padre Santo poseía en Francia el condado veneciano, que tenía por corazón el temible palacio-fortaleza de Aviñón. El estado romano, visto sobre el mapa, presentaba la forma, que aun tiene, de una figura sentada en la grave postura de los dioses de Egipto, con el Abruzo por silla, Módena y la Lombar-

día sobre la cabeza, la Toscana sobre el pecho, la tierra de Labor bajo los pies, recostada en el Adriático y teniendo el Mediterráneo sobre las rodillas.

El soberano pontífice era rico. Sembraba indulgencias, y cosechaba dinero. Le era suficiente poner una firma para hacer contribuir al mundo. *Mientras tenga yo una pluma*, decía Sixto V, *tendré dinero*. Afirmación de papa ó de gran escritor. En efecto, Sixto V, que era un papa literato, artista é inteligente, que no vacilaba ante ningún gasto regio, depositó en cinco años cuatro millones de oro en reserva en el castillo de Santángelo. Con las contribuciones de todos los fieles del universo, el Padre Santo mantenía un buen ejército: veinticinco mil hombres en la Marca y en la Romanía, veinticinco mil hombres en la Campania y el Patrimonio; la mitad en la frontera, la otra mitad bajo Roma. En caso de necesidad, aumentaba este ejército. Gregorio VII y Alejandro III hicieron frente á príncipes que disponían de las fuerzas del imperio, en su apogeo entonces, juntas con las tropas de las dos Sicilias. Un día el duque de Ferrara se permitió recoger sal en Comachio. «El Padre Santo (citamos aquí dos líneas de una carta de Mazarino) con sus razones y un ejército que ha levantado, ha hecho que el duque se arrepienta, y le ha desposeído de su estado». He aquí lo que eran los soldados del papa. Esta milicia hacía respetar admirablemente el estado romano. Añadid á esto la Umbría, gran fortaleza natural, donde Aníbal retrocedió, y por costa, tanto al norte como al mediodía las riberas más agitadas de toda Italia. Ningún descenso posi-

ble. El papa, sobre los dos mares, estaba defendido por la tempestad.

Puesto y asegurado de este modo, cooperaba al grande y perpetuo combate contra los turcos. Hoy el Padre Santo envía camafeos al kedive de Egipto y se pasea en el vapor *Mahmondich*. Hecho inaudito y que muestra bruscamente, cuando se reflexiona en él, el prodigioso cambio de las cosas. ¡El papa, sentado plácidamente sobre ese invento de los hugonotes, bautizado con un nombre turco!

Durante este tiempo, llenaba bravamente su oficio de papa, y enviaba sus galeras, mitradas con una tiara, á Lepanto. Desde el momento en que surgían la media luna y los turbantes, no se quedaba nada para él: ni un soldado, ni un escudo; contribuía á su turno. Así, cuando llegaba la ocasión, lo que los cristianos habían dado al papa, el papa lo devolvía á la cristiandad. En la liga de 1542 contra los otomanos, Pablo III envió á Carlos Quinto doce mil infantes y quinientos caballos.

A fines del siglo XVI, un huracán había salvado á Inglaterra de España; á fines del siglo XVII, Sobieski salvó á Alemania de la Turquía. Salvar la Inglaterra, era salvar la Inglaterra; salvar á Alemania, era salvar á Europa. Se podría decir que en aquella memorable coyuntura, la Polonia hizo el oficio de la Francia. Hasta entonces, siempre había sido la Francia á quien había encontrado la barbarie, y siempre delante de la Francia había retrocedido. En 496, viniendo del norte, se quebró en Clovis; en 732, viniendo del mediodía, se quebró en Carlos Martel.

Sin embargo, ni la armada invencible, vencida por Dios, ni Kara-Mustafá, derrotado por Sobieski, tranquilizaban completamente á Europa. España y Turquía siempre estaban de pie, y el siglo XVII creyó verlos medrar indefinidamente, cada vez más terribles, cada vez más amenazadores, en un terrible y próximo futuro. La política, esa ciencia conjetural como la medicina, no tenía entonces otra previsión. Apenas se tranquilizaban un poco, en ciertos momentos, pensando que los dos colosos se encontrarían sobre el mar Rojo y chocarían en Asia.

Aquel choque en la Arabia feliz, tan lejano y tan poco distinto, no disminuía, á los ojos de los pensadores, las fatales probabilidades que se amontonaban sobre la civilización. En la época que bosquejamos, la ansiedad había llegado al colmo. Uno que llamaríamos folleto, intitulado *Las fuerzas del rey de España*, impreso en París en 1627, con real privilegio, y grabado por Isaac Jaspár, dice: «La ambición del rey de España sería poseer todas las cosas. Sus flotas, que van y vienen, cohiben á las inglesas é impiden á los navíos de otros estados el navegar á su gusto.» En otro escrito, publicado hacia la misma época y que tiene por título: *Discurso sumario del estado del Turco*, leemos: «El Turco causa con bastante razón la alarma en la cristianidad, en vista de que tiene tantos medios de formar un grueso ejército, levantándolo en la tierra que posee. Se necesita estar desprovisto de todo juicio para contemplar sin aprensión un tal diluvio.»



IV

Hoy, por la fuerza misteriosa de las cosas, Turquía ha caído, España ha caído.

A la hora en que hablamos, los asignados (1), ese último gusano de las viejas sociedades podridas, devoran al imperio turco.

Hace ya mucho tiempo que otra nación tiene á Gibraltar, como el salvaje cose á su manto la uña del león muerto.

Así, en menos de doscientos años, los dos colosos que espantaban á nuestros abuelos, se han desvanecido.

¿Ha quedado libre la Europa? No. Como en el siglo XVII, la amenaza un doble peligro. Los hombres pasan; pero el hombre queda; los imperios caen; los egoísmos se reforman. Así pues, en la hora en que estamos, lo mismo que hace doscientos años, dos inmensos egoísmos oprimen á Europa y la acechan. El espíritu de guerra, de violencia y de conquista, está aún en pie en el oriente; el espíritu de comercio, de astucia y de aventura, está aún en pie en occidente. Los dos gigantes se han movido algo y han remontado hacia el norte, como para abrazar al continente de más alto.

(1) Papel moneda sin responsabilidad fiduciaria.

A la Turquía, ha sucedido la Rusia; á España ha sucedido Inglaterra.

Cortad con el pensamiento, sobre el globo del mundo, un segmento que, girando al rededor del polo, se desenvuelve del cabo norte europeo al cabo norte asiático, de Tornea al Kamtchatka, de de Varsovia al golfo de Anadyr, del mar Negro al mar de Okhotsk, y que, al poniente, lamiendo la Suecia, bordeando el Báltico, devorando la Polonia, á mediodía, sesgando la Turquía, invadiendo la Persia, absorbiendo el Cáucaso y el mar Caspio, siguiendo la larga cadena que comienza en los montes Urales y termina en el cabo Oriental, costea el Turquestán y la China, toca al Japón por el cabo Lopatka, y nacido en el riñón de Europa, va, á través del estrecho de Behring, á tocar la América, atravesando el Asia; además de la Polonia, echad en revuelta confusión en ese monstruoso segmento, la Crimea, la Georgia, el Chirvan, el Emirato, la Abascia, la Armenia y la Siberia; agrupad al rededor las islas de Nueva-Zembla, Spitzberg, Vaigaiz y Kalgonef, Aland, Dago y Oesel, Claike, San Mateo, San Pablo, San Jorge, las Alentienas, Kodiak, Sitka y el archipiélago del Príncipe de Gales; esparcid en ese espacio inmenso sesenta millones de hombres, y tendréis la Rusia.

Rusia tiene dos capitales; una, coqueta, elegante, sembrada de enormes baratijas del gusto Pompadour, que son palacios y catedrales, pavimentada de mármol blanco, edificada de hierro, habitada por la corte, desposada por el emperador; la otra, cargada de cúpulas de cobre y de minaretes de es-

taño, sombría, inmemorial y repudiada. La primera, San Petersburgo, representa la Europa; la segunda, Moscou, representa el Asia. Como el águila de Alemania, el águila de Rusia tiene dos cabezas.

La Rusia puede poner en pie de guerra un ejército de un millón cien mil hombres.

El desbordamiento posible de los rusos hizo reparar la muralla China y construir la muralla de París.

Lo que era el gran Knez de Moscovia, es, al presente, el emperador de Rusia. Compárense las dos figuras, y mídase el paso que Dios hace dar á los hombres.

El Knez se hizo tzar, el tzar se ha hecho czar, y el czar se ha hecho emperador. Estas transformaciones, digámoslo, son verdaderos avatares. A cada piel de que se despoja, el príncipe moscovita va volviéndose más semejante á Europa, es decir, á la civilización.

Sin embargo, que la Europa no lo olvide, parecerse no es identificarse.

Inglaterra tiene la Escocia y la Irlanda, las Hébridas y las Orcadas; con el grupo de las Shetland, separa la Dinamarca de las islas Jervë y de la Islandia; cierra el mar del norte y vigila la Suecia; desde Jersey y Guarnesey, vigila á Francia. Después arranca, gira al rededor de la península, lleva su influencia á Portugal y su talón sobre Gibraltar, y entra en el Mediterráneo, después de tomar la llave. Pasa por encima de las Baleares, la Córcega, la Cerdeña y Sicilia, y encuentra á Malta, y se instala allí entre Sicilia y Túnez, entre la Italia y el

Africa; de Malta, gana la isla de Corfú, desde donde observa á Turquía, cerrando el mar Adriático; San Mauro, Cefalonia y Zante, desde donde vigila á la Morea, dominando el mar Jónico; Cerigo, desde donde vigila á Candía, bloqueando el archipiélago. Aquí hay que deshacer camino, pues Egipto barre el paso, y el istmo de Suez aun no está cortado; retrocede sobre sus pasos, y entra en el Océano. Rodea á España, esa casi isla pequeña, y va á rodear á Africa, esa casi isla inmensa. El trayecto es difícil por aquella playa, donde un gran océano de arena se mezcla á un gran océano de agua. Como un hombre que atraviesa un vado con precaución, de piedra en piedra, encuentra un reposo á cada paso que da. Pone primeramente el pie en Saint-James, á la embocadura del Gambia, desde donde espía el Senegal francés. Su segundo paro se imprime en la costa, en Cacheo, el tercero en Sierra-Leona, el cuarto en cabo Corso. Después se arriesga en el Océano Atlántico, y reúne bajo su pabellón la Ascensión, Santa Elena y Fernando Poo (1), triángulo de islas que penetra profundamente en el golfo de Guinea. Así apoyada, se extiende hasta el Cabo y se ampara de la punta de Africa, como en Gibraltar se ampara de la punta de Europa. Del Cabo, remonta, al norte, por el otro lado de la casa isla

(1) Indudablemente, hay error por parte de V. Hugo. Inglaterra posee en la costa de Africa, Ascensión, Santa Elena, Mauricio, Seychelles, Socotora y otras islas; pero Fernando Poo pertenece á España, con Annobón, Corisco, Ellobey y otras que forman el archipiélago del golfo de Guinea.

africana, aborda las Mascarenhas, la isla de Francia y Puerto Luis, desde donde tiene en respeto á Madagascar, y se establece en las islas Seychelles, desde donde se impone á toda la costa oriental, del cabo Delgado al cabo Guardafuí. Allí no queda sino el mar Rojo que la separe del Mediterráneo y del Archipiélago; ha circundado al Africa, y ha vuelto casi al punto de donde salió. En frente, está el mar de las Indias, está el Asia.

Inglaterra entra en Asia; de las Seychelles á las Laquedivas no hay más que un paso, y se apodera de las Laquedivas; luego extiende la mano, y ase el Indostán, todo el Indostán, Calcuta, Madrás y Bombay, esas tres provincias de la Compañía de las Indias, grandes como imperios; y siete reinos, Nepal, Uda, Baroda, Nagpur, Nizam, Mansora y el Travancor. Allí roza con Rusia; sólo les separa el Turquestán chino. Dueña del golfo de Omán, que bordea la inmensa costa que posee Hayderabad á Trivanderam, enfrenta la Persia y la Turquía por el golfo Pérsico, que puede cerrar, y Egipto, por el mar Rojo, que puede bloquear igualmente. El Indostán le da Ceylán. De Ceylán, se desliza entre las Nicobar y las islas Andamán, toma tierra sobre la extensa costa de los montes Mogs, en la Indo-China y domina el golfo de Bengala. Poseer el golfo de Bengala, es imponerse al imperio de Birmania. Los montes Mogs le abren la casi isla de Malaca; se detiene allí, y allí se consolida. Desde Malaca, observa á Sumatra; desde las islas Singapoore, observa á Borneo. De este modo, poseyendo el cabo Romanía y el cabo Comorín, tiene las dos grandes

puntas de Asia, como tiene la punta de Europa, como tiene la punta de Africa.

En el momento en que escribimos, Inglaterra ataca á China á viva fuerza, después de haber tratado de envenenarla, ó cuando menos, de amodorrarla (1).

No es esto todo; quedan dos mundos, Nueva Holanda y América, é Inglaterra los coge. De Malaca, atraviesa el grupo inextricable de las islas de la Sonda, esa conquista de la antigua marina holandesa, y se ampara de la Nueva Holanda toda entera, tierra virgen que fecunda con presidiarios, y que guarda celosamente, almenada en las islas Bathurst al norte, y en la isla de Diernen al sur, como en dos fortalezas.

Después sigue un momento la ruta de Cook, deja á su izquierda los seis archipiélagos de la Oceanía, costea la larga muralla de las Cordilleras y los Andes, dobla el cabo de Hornos, remonta las costas de la Patagonia y del Brasil, y toma tierra finalmente, bajo el ecuador, en la cima de la América meridional, en Stabrok, donde crea la Guayana inglesa. Un paso, y es dueña de las islas del Viento, ese dédalo de islas que siembra el mar de las Antillas; otro paso, y es dueña de las islas Lucayas, larga barricada que cierra el golfo de México. Hay allí veinticuatro pequeñas Antillas, y toma doce; hay allí cuatro grandes Antillas, Cuba, Santo Domingo, la Jamaica y Puerto Rico, y se contenta con una, la Jamaica, desde donde embaraza á las otras

(1) Se refiere el autor á la introducción del opio en China, impuesta á cañonazos por Inglaterra. (N. del T.)

tres. Seguidamente, en mitad del mismo istmo de Panamá, á la entrada del golfo de Honduras, corta en tierra firme un pedazo del Yucatán, y crea allí su establecimiento de Baliza, como una garita entre las dos Américas. Allí, sin embargo, la tiene México en jaque, y á la otra parte de México, los Estados Unidos, esa colonia cuya nacionalidad es una vergüenza para ella. Se reembarca, y de las islas Lucayas, apoyándose en las Bermudas, donde planta su pabellón, penetra en Terranova, esa isla que vista á vuelo de pájaro, tiene la forma de un camello arrodillado sobre el océano, y con la cabeza levantada hacia el polo. Terranova es la estación de su último esfuerzo. Este es gigantesco. Alarga el brazo, y se apropia de un golpe todo el norte de América, del Océano Atlántico al gran Océano, las islas de Nueva Escocia, el Canadá y el Labrador, la bahía de Hudson y el mar de Baffin, la Nueva Norfolk, la Nueva Caledonia, y los archipiélagos de Quadra y de Vancouver, los Iroqueses, los Chiponays, los Esquimales, los Kristinos, los Kolingris, y al momento de asir los Ugalacmintis y los Kitegos, se detiene bruscamente; Rusia está allí. Donde la Inglaterra ha llegado por mar, Rusia ha llegado por tierra, pues el estrecho de Behring no se cuenta, y allí, bajo el círculo polar, entre los salvajes repugnantes, en los hielos y los bancos, á la reverberación de las nieves eternas, al brillo de las auroras boreales, los dos colosos se contemplan y se reconocen.

Recapitulemos. Inglaterra tiene los seis mayores golfos del mundo, que son los golfos de Guinea,

de Omán, de Bengala, de México, de Baffin, y de Hudson; abre ó cierra á su placer nueve mares: el mar del Norte, la Mancha, el Mediterráneo, el Adriático, el mar Jónico, el mar del Archipiélago, el golfo Pérsico, el mar Rojo, el mar de las Antillas. Posee en América un imperio, la Nueva Bretaña, en Asia un imperio, el Indostán, y en el gran Océano, un mundo, la Nueva Holanda.

Tiene además innumerables islas, que son, en todos los mares y frente á todos los continentes como navíos en estación al ancla, y con las cuales, isla y navío ella también, enfilado delante de Europa, comunica por decirlo así sin solución de continuidad, por sus innumerables buques, islas flotantes.

El pueblo inglés no es para sí mismo un pueblo soberano; mas es para las otras naciones un pueblo señorial. Domina feudalmente dos millones trescientos setenta mil escoceses, ocho millones doscientos ochenta mil irlandeses, doscientos cuarenta mil africanos, sesenta mil australianos, un millón seiscientos mil americanos, y ciento veinticuatro millones de asiáticos, es decir, que catorce millones de ingleses poseen sobre la tierra ciento treinta y siete millones de hombres.

Todos los lugares que hemos nombrado en las precedentes páginas, son los puntos de amarre de la inmensa red con que Inglaterra ha cogido al mundo.



V

Véase lo que ha perdido á Turquía: Primeramente, la inmensidad del territorio, formado de estados yuxtapuestos y no cimentados. El cemento de las naciones es un pensamiento común. Dos pueblos no pueden adherirse entre sí, si no tienen una misma lengua, donde las palabras circulen como la moneda del espíritu de todos, poseída sucesivamente por cada uno. Así pues, lo que hace circular la lengua, lo que imprime una efigie á las palabras, lo que crea un pensamiento común, es ante todo el arte, la poesía, la literatura, *humaniores literæ*. Nada de arte ni de letras en Turquía, luego nada de lengua circulando de pueblo en pueblo, nada de pensamiento común, nada de unidad. Aquí se hablaba latín, allá griego, eslavo en otra parte, más lejos árabe, indio ó persa. Aquello no era un imperio; era un bloque tallado por el sable, un compuesto híbrido de naciones que se tocaban, pero que no se penetraban. Añadid á esto los desiertos, hechos tan pronto por la conquista, tan pronto por el clima, inmensas soledades que la savia social no podía atravesar.

En segundo lugar, el despotismo del príncipe. El emperador era juntamente sultán y pontífice, soberano temporal y soberano espiritual, jefe político, jefe militar y jefe religioso. Sus súbditos le perte-

necían, bienes, cuerpo y espíritu, de una manera absoluta y terrible, como su cosa y más que su cosa. Podía condenarles á la muerte temporal y eterna. Sultán, tenía sus vidas; comendador de los creyentes, poseía sus almas. ¡Y desgraciado del individuo que es al mismo tiempo ordinario como hombre y extraordinario como príncipe! El demasiado poder es perjudicial para el hombre. Ser sacerdote, ser rey, ser Dios, es demasiado. El zumbido confuso de todas las voluntades despiertas que solicitan ser satisfechas á la vez, ensordecen el pobre cerebro de aquel que lo puede todo, aturde su inteligencia, desvía la generación de su pensamiento, y le vuelve loco. Se podría decir y demostrar, con pruebas en la mano, que la mayor parte de los emperadores romanos y de los sultanes han estado en una situación cerebral particular. Sin duda es preciso admitir, y la Historia lo registra á intervalos, el admirable accidente de un déspota ilustre, inteligente y superior; pero en general, y casi siempre, el sultán es vulgar. De aquí los desórdenes sin nombre; la espantosa oscilación de una voluntad suprema que choca y lo rompe todo en el estado. El despotismo, útil, expeditivo, inspirador, á veces necesario para los hombres de genio, desvanece y con turba el hombre mediocre. El vino de los fuertes es el veneno de los débiles.

En tercer lugar, las revoluciones del serrallo, las conspiraciones de palacio; el déspota extrangulando á sus hermanos, los hermanos envenenando ó degollando al déspota; la desconfianza del padre para con los hijos y de los hijos para con el padre,

la sospecha en el hogar, el odio en la alcoba; enfermedades desconocidas, fiebres sospechosas, muertes obscuras; el eterno complot de los grandes, siempre colocados en una ascensión sin término y una caída sin fondo; la rebelión y el desbordamiento de los pequeños, siempre desgraciados, siempre irritados; el terror en la familia imperial, la turbación en el imperio; hechos graves y tristes y permanentes que surgen del despotismo.

Cuarto: un mal gobierno, á la vez duro y blando, el cual sale vacilante de aquel déspota, que no piensa nunca, y de aquel palacio, que tiembla siempre; poder sin cohesión, superpuesto á un estado sin unidad. Las poblaciones de este imperio semibárbaro están en la sombra; de sí mismas y de las demás, de sus intereses, de su porvenir, distinguen y saben poco; el gobierno que debiera guiarles y que se atreve á ello en efecto, ignora casi todo y desconoce el resto. Y para los gobiernos, como para los individuos, desconocer es peor que ignorar. ¿Dónde irá esa nación fuerte, poderosa, exuberante, temible, pero ignorante? ¿Quién la lleva y dónde la llevan? Camina á tientas, y vislumbra apenas lo que tiene delante; su gobierno ve menos aún. ¡Extraño espectáculo! ¡Un míope conducido por un ciego!

Quinto: la servidumbre puesta como un yugo sobre el pueblo. Bajo la dominación turca, el trabajador no se pertenece; era de un propietario. Este tenía un rebaño preferido, su ganado, y en segundo término, el campesino. De aquí la despoblación por todo, nada de verdadera cultura, sino un surco destestado del labrador. La propiedad y la libertad ha-

cen la tierra querida al hombre; la servidumbre la hace odiosa. El corazón se aprieta estudiando aquel estado; que se le examine por alto ó que se le mire por debajo, las dos clases se asemejan por su miseria intelectual. ¿Qué puede ser la sociedad humana entre un príncipe que el despotismo embrutece y un campesino que la esclavitud envilece?

Sexto: el abuso de las colonias militares. Los timariotas eran colonos soldados. Era un error de los turcos el creer que se rebacía la población de esta manera. El procedimiento carece de base. Un pueblo que es un regimiento no es nunca un pueblo. Un regimiento siempre está cortado cuadradamente; un pueblo debe elegir el sitio, germinar allí naturalmente, y crecer al sol. Un pueblo es un árbol; un regimiento es un poste. Para hacer el soldado, se mata al campesino. Y para la vida interior y profunda de los imperios, es preferible un campesino á un soldado.

Séptimo: la opresión de los países conquistados; una lengua bárbara impuesta á los vencidos; una noble nación, ilustre, histórica, grande en los recuerdos y las simpatías de Europa, antes libre, antes republicana, diezmada, extirpada, entregada al látigo y al sable, mutilada, en el hombre, en la mujer y hasta en el niño, desarraigada de su propio suelo, transportada á lo lejos, echada al viento, pisoteada. Estas vías de hecho del pueblo vencedor sobre el vencido, están acompañadas de gritos de horror, y acaban por sublevar toda la tierra. Cuando suena la hora, los pueblos oprimidos se levantan, y el mundo se pone á su lado.

ron una banda; luego, fueron una corporación. Todo viajero prudente capitulaba con ellos, los contaba de antemano entre los gastos de viaje y aportaba algo para ellos. Nadie salía de su casa sin el óbolo para los ladrones. Durante la minoría de Carlos II, bajo el ministerio del segundo don Juan de Austria, el corregidor dirigió una solicitud á la regente, suplicándole que alejase de la villa al regimiento de Aitona, cuyos soldados, llegada la noche, ayudaban á los bandidos á desbalijar á los vecinos pudientes.

Tercero: la manera como se poseían y administraban los países conquistados y los dominios de Ultramar. No había en todo el nuevo mundo sino dos gobernadores: el virrey de Perú y el virrey de México; y esos dos gobernadores eran malos generalmente. Representantes de España, la calumniaban por sus exacciones y la hacían odiosa. No enseñaban á aquellos pueblos lejanos sino dos fases, la cupididad y la crueldad, apoderándose de los bienes, y vejando á los individuos. Destruían los príncipes naturales del país, y exterminaban las poblaciones indígenas. En cuanto á los virreinos de Europa, se decía un proverbio italiano. Helo aquí: él dice enérgicamente lo que era la dominación española. *El tesorero de Sicilia roe, el de Nápoles come, el de Milán devora.*

Cuarto: la intolerancia religiosa. Más adelante hablaremos de la inquisición. Digamos únicamente aquí, que los obispos tenían inmenso peso en España. Dos clases enteras de reguícolas, los heréticos y los judíos, estaban fuera de ley. Todo clero evan-

gético es pobre, todo clero rico es mundano, sensual, político, y por consiguiente, intolerante. Su posición es combatida y tiene necesidad de defenderse; le precisaba un arma, y la intolerancia lo es. Con esta arma, hería la razón humana y mataba la ley divina.

Quinto: la enormidad de la deuda pública. Por rica que fuese España, sus cargas la devoraban. Los gastos de la corte, las gruesas gratificaciones de los dignatarios, los beneficios eclesiásticos, la úlcera sin cesar agrandada de la miseria popular, las guerras de los Países Bajos, las guerras de América y de Asia, los gastos de la política secreta, el trabajo subterráneo de la intriga universal, que era preciso sostener y pagar en el mundo entero, eran causas que agotaban á España. Las arcas siempre estaban vacías. Se esperaban siempre los galeones, y como escribía el mariscal de Tessé: «cualquier tempestad las hace naufragar, ó cualquier enemigo las captura, todo el mundo se llena de desesperación.» Bajo Felipe III, el marqués de Spínola se veía obligado á pagar de su peculio el ejército de los Países Bajos. Hace dos siglos, la Europa, bajo el punto de vista financiero, se parecía á una familia mal administrada; las monarquías eran el hijo pródigo, las repúblicas representaban el papel de usurero. Es la eterna historia del gentilhomme, tomando dinero del comerciante. Ya hemos visto que Suíza vendía sus ejércitos; Holanda, Venecia y Génova, prestaban su dinero.

Así un príncipe compraba en los trece cantones un ejército ya formado, y Venecia pagaba la com-

pra; cuando había que pagar á Venecia, el príncipe daba una provincia, y á las veces, daba todo el estado. España tomaba dinero de todos lados, y debía á todo el mundo. En 1600 el rey católico debía, á Génova solamente, dieciséis millones de oro.

Sexto: una nación vecina, una nación hermana, para decir como es, que había vivido largo tiempo aparte, habiendo tenido sus príncipes y sus señores particulares, invadida un día por sorpresa, casi por traición, reunida violentamente á la monarquía central, fué hecha de reino provincia, y tratada como país conquistado.

Séptimo: la naturaleza del armamento español. El armamento de tierra era poca cosa comparado con el de mar. El poderío español se basaba principalmente en su flota. Esto es, depender de un golpe de viento. La aventura de la armada es la historia de España. Un golpe de viento que se llama tromba, como en Europa, ó tifón como en China, es de todos los tiempos. ¡Desgraciada la nación sobre la cual sopla ese viento!

Octavo: el desparramamiento de territorio. Las vastas posesiones de España, diseminadas sobre todos los mares y en todos los rincones de la tierra, no tenían ninguna adherencia con ella. Unas, como las Indias, por ejemplo, distaban cuatro mil leguas de la metrópoli, y como ya hemos dicho, no tenían idea de ella sino por los surcos de sus naves. ¿Y qué es el surco de una nave? Un hilo. ¿Y cómo es posible mantener atado un mundo con solo un hilo?

El año pasado sacamos de no sé qué polvo un libro antiguo que nadie lee hoy, y que quizás nadie

leyó al aparecer. Es un in-cuarto, titulado: *Discurso de la monarquía de España*, publicado sin nombre de autor, en 1617, en París, por Chevalier, calle de Saint-Jacques, con la divisa de Saint-Pierre, cerca de los Mathurinos. Abrimos aquel libro al azar, y caímos en la página 152, sobre este pasaje que transcribimos textualmente: «Algunos opinan que esta monarquía no puede ser de larga duración á causa de que sus tierras están de tal modo separadas y esparcidas, que necesita dispendios increíbles para enviar barcos á todas partes, y hombres, y todavía aquellos que son nacidos en los países remotos, pueden por fin entrar en consideración del pequeño número de españoles, ganar ánimos, ligarse contra ellos y arrojarlos». Era en 1617, cuando Europa temblaba ante España, en el apogeo de la monarquía castellana, cuando un desconocido osaba escribir ó imprimir aquel folleto. Doscientos años más tarde, se cumplía aquella que semejaba loca profecía en todos sus detalles, y hoy, cada palabra del anónimo de 1617, se ha convertido en un hecho; *las tierras esparcidas*, han traído *los increíbles dispendios*; la metrópoli, se ha agotado en *barcos y en hombres*; *los naturales de los países remotos*, han *entrado en consideración del pequeño número de españoles*, se han *ligado contra ellos* y los han *rechazado*. Se podría decir, que el mesías Bolívar, está predicho aquí completamente.

Hace dos siglos toda la América era un grupo de colonias; hoy, reacción admirable, toda América, hasta casi Brasil, es un grupo de repúblicas.

Así, una rica aristocracia, poseyendo el suelo y

vendiendo el pan al pueblo; el clero opulento, preponderante y fanático, poniendo fuera de ley dos clases enteras de ciudadanos; la intolerancia episcopal, la miseria del pueblo, la enormidad de la deuda, la mala administración de los virreyes lejanos, una nación hermana tratada como país conquistada, la fragilidad de una potencia del todo marítima sentada sobre las ondas del océano, la diseminación del territorio sobre todos los puntos del globo, el defecto de adherencia de las posesiones con la metrópoli, la tendencia de las colonias á convertirse en naciones; véase lo que ha perdido á España. ¡Que la Inglaterra piense en ello!

Finalmente, para resumir lo que es común al imperio otomano y á la monarquía española, el egoísmo, un egoísmo implacable, una política inmoral, violenta aquí, trapacera allá, traicionando las alianzas para servir á los intereses; ser, el uno, el espíritu militar sin las cualidades caballerescas que hacen del soldado el apoyo de la sociabilidad; ser, el otro, el espíritu mercantil sin la inteligente probidad que hacen del comerciante el lazo de los estados; representar como lo hemos dicho, el primero, la barbarie, el segundo, la corrupción; ser en una palabra, uno la guerra, otro el comercio, no ser ni el uno ni el otro la civilización; he aquí lo que ha hecho derrumbarse á ambos colosos de entonces. Que piensen en ello los dos colosos de hoy.



VI

Antes de pasar más adelante, tenemos la necesidad de declarar que esto es únicamente un frío y grave estudio de la historia. El que ha escrito estas líneas comprende los odios de pueblo á pueblo, las antipatías de raza, las ceguedades de nacionalidad; las excusa pero no las comparte. Nada, en lo que se acaba de leer, contiene una reprobación que pueda caer sobre los pueblos de que habla el autor. El autor censura frecuentemente á los gobiernos; pero nunca á las naciones. En general, las naciones son lo que deben ser; la raíz del bien germina en ellos: Dios la hace desarrollar y la hace fructificar. Los cuatro pueblos mismos de que se ha hecho aquí un bosquejo, prestarán á la civilización notables servicios el día que acepten como su fin principal, el fin común de la humanidad. España es ilustre, Inglaterra es grande; Rusia y aun la misma Turquía, encierran muchos de los mejores gérmenes del porvenir.

Creemos deber todavía declarar en la profunda independencia de nuestro espíritu, que no extendemos á los príncipes lo que decimos de los gobiernos. Nada más fácil hoy que insultar á los reyes. El insulto á los reyes es una adulación dirigida á otros. Y adular sea á quien sea, de tal guisa, arriba ó abajo, es una idea que el que aquí habla no tiene

necesidad de alejar de sí; él se siente libre, es libre, porque se reconoce la fuerza de alabar, cuando la ocasión le parece loable, así sea un príncipe. Lo dice pues altamente, y con plena convicción, jamás, y esto prueba la excelencia de nuestro siglo, jamás, en tiempo alguno, cualquiera que sea la época de la historia que se quiera confrontar con la nuestra, los príncipes y los pueblos han valido lo que valen ahora.

Que no se busque pues en el examen histórico que nos ocupa, ninguna explicación ofensiva, ni para el honor de los reinados, ni para la dignidad de las naciones; no la hay. Es este, ante todo, un trabajo filosófico y especulativo. Hechos generales, nada más; ideas generales, nada más. El autor no guarda ninguna hiel en el alma. Espera candidamente el porvenir sereno de la humanidad. Tiene esperanza en los príncipes; tiene fe en los pueblos.



VII

Dicho esto, de una vez para todas, contiguaremos el examen de semejanzas entre los dos imperios que alarmaron el pasado, y los dos imperios que inquietan el presente.

Primera semejanza. Hay algo de tártaro en el turco, como también lo hay en el ruso. El genio de los pueblos conserva siempre alguna cosa de su origen.

Los turcos, hijos de los tártaros, son hombres del norte, descendidos á través del Asia, y penetrados en Europa por el mediodía.

Napoleón en Santa Elena, dijo: *Rascad al ruso y encontraréis el tártaro*. Lo que ha dicho de Rusia, puede aplicarse al turco.

El hombre del norte propiamente dicho, es siempre el mismo. En ciertas épocas climatéricas y fatales desciende del polo, y se muestra á las naciones meridionales; vase luego y vuelve dos mil años después, y la historia lo encuentra tal como lo había dejado.

Véase una pintura histórica que tenemos á la vista en este momento:

«Aquel es verdaderamente el hombre bárbaro. Sus miembros rechonchos, su cuello grueso y corto, no sé qué cosa de repugnante que hay en todo su cuerpo, le hacen asemejar á un monstruo de dos

pies ó esas balaustradas talladas gróseramente representando figuras humanas, que sostienen las rampas de las escaleras. Es completamente salvaje. Hace caso omiso del fuego cuando es preciso, y aún para preparar su comida. Come raíces y carnes cocidas, ó mejor, podridas bajo la silla de su caballo. No penetra bajo techado sino cuando no tiene más remedio. Aborrece las casas como si fuesen tumbás. Atraviesa vados y montañas, siempre delante de sí; desde su infancia tiene el hábito de soportar el hambre, la sed y el frío; lleva en la cabeza un gran gorro de pelo, una blusa de lana sobre el vientre, dos pedazos de cuero al rededor de las piernas, sobre la espalda un manto de pieles de rata cosidas en conjunto. No sabría combatir á pie. Sus piernas, embarazadas por grandes botas, no pueden caminar y lo clavan á la silla, de forma que se asimila con su caballo, el cual es ágil y vigoroso; pero pequeño y feo. Vive á caballo, hace sus tratos á caballo, compra y vende á caballo, bebe á caballo, y duerme y sueña á caballo.

»No labra la tierra, no cultiva los campos, no sabe lo que es una carreta. Va errante siempre, como si anduviese en busca de una patria y de un hogar. Si le preguntáis á donde se encamina, no sabrá que responderos. Hoy está aquí; pero ayer estaba allá; vive aquí; pero ni él sabe donde nació.

»Cuando la batalla comienza, lanza un aullido terrible, llega, hiere, desaparece, y vuelve como un relámpago. En un momento despoja y saquea el campamento asaltado. Combate de cerca con el sable, y de más distancia con una larga lanza cuyo hierro está artísticamente engastado.»

Este es el hombre del norte. ¿Por quién ha sido esbozado, en que época, y á propósito de qué? ¿Sin duda en 1841, por algún redactor asustado, de *Moniteur*, á propósito de los cosacos, en el tiempo en que la Francia se doblegaba? No, este retrato ha sido hecho en vista del huno, en 375 por Amiano Marcelino y Jordanis, en la época en que Roma caía (1). Han transcurrido mil quinientos años, la figura ha reaparecido y el retrato se parece aún.

Observemos de paso que los hunos del 375, como los cosacos de 1814, venían de las fronteras de la China. El hombre del mediodía cambia, se transforma y se desarrolla, florece y fructifica, muere y renace como la vegetación; el hombre del norte es eterno como la nieve.

Segunda semejanza. En Rusia como en Turquía, nada es definitivamente adquirido por nadie, nada está en plena posesión, nada es necesariamente hereditario. El ruso, como el turco, puede, dependiendo de la voluntad ó el capricho de lo alto, perder su empleo, su rango, su grado, su libertad, su fortuna, su nobleza, hasta su nombre. Todo es del monarca, como en ciertas teorías más ilusorias aún que peligrosas, que se ensayarán vanamente en el espíritu francés, todo será de la comunidad. Importa hacer notar, y dejamos este hecho á la meditación de los demócratas absolutos, que la propiedad del despotismo es nivelar. El despotismo crea la igualdad bajo su férula. Mientras más completo es el despotismo, más completa es la igualdad. En Ru-

(1) Véase Jordanis, XXIV; Amiano Marcelino, XII.
(N. del A.)

sia como en Turquía, excepción hecha de la rebelión, que no es un hecho normal, no existe decididamente existencia ni virtualmente resistente. Un príncipe ruso se inutiliza como un bajá; el príncipe como el bajá, puede convertirse en simple soldado, y no ser más en el ejército que un cero, allí donde el cabo es cifra. Un príncipe ruso, se crea como un bajá; un mozo de cuerda se convierte en Mehemet-Alí; un oficial-pastelero, se convierte en Menzikoff. Esta igualdad, que testificamos aquí sin juzgarla, llega hasta el trono; y siempre en Turquía, en Rusia á veces, se empareja con él. Una esclava es sultana; una criada ha sido czarina.

El despotismo, como la demagogia, aborrece las superioridades naturales, como las superioridades sociales. En la lucha que entabla, no retrocede como la otra, ni aun siquiera en los atentados que decapitan á la misma sociedad. Para ellas no existen hombres de genio. Tomás Moro no pesa más en la balanza de Enrique Tudor, que Bailly pesaba en la balanza de Marat. Tampoco existen para *ellas* testas coronadas: María Estuardo no pesa más en la balanza de Isabel, que Luis XVI en la balanza de Robespierre.

La primera cosa que choca cuando se comparan la Rusia y la Turquía, es una semejanza; la primera cosa que choca cuando se comparan la Inglaterra y la España, es una desemejanza. En España, la monarquía es absoluta; en Inglaterra es restringida.

Reflexionando sobre esto se llega á un resultado singular; esta desemejanza engendra una semejanza. El exceso de monarquismo produce, en cuanto á

la autoridad real, y no considerándola sino bajo este punto de vista especial, el mismo resultado que el exceso de constitucionalismo. En uno y otro caso, el rey es anulado.

El rey de Inglaterra, servido de rodillas, es un rey nominal; el rey de España, servido también de rodillas, es igualmente nominal. Ambos son impecables. Cosa notable, el axioma fundamental de la monarquía la más absoluta, es asimismo el axioma fundamental de la monarquía la más constitucional. *El rey no cae*, dice la antigua ley española. *The King can do no wrong*, el rey no puede errar, dice la vieja ley inglesa. ¿Qué de más asombroso, cuando se sondea la historia, que encontrar, bajo hechos en la apariencia del todo diversos, el monarquismo puro y el constitucionalismo riguroso sentados sobre la misma base y saliendo de la misma raíz?

El rey de España puede ser, sin inconveniente, lo mismo que el rey de Inglaterra, un niño, un menor, un ignorante ó un idiota (1). El parlamento gobernaba por uno; el despacho universal por el otro. El día en que la toma de Mons llegó á Madrid, Felipe IV se frotó las manos, lamentándose y condoliéndose de aquel *pobrecito rey de Francia*. Nadie se atrevió á decirle que Mons le pertenecía á él, que formaba parte de su monarquía. Spínola, asediando

(1) Víctor Hugo, más poeta que especulativo, iba á su objeto sin pararse en barras. Ese defecto que achaca á la monarquía española, ha sido frecuente en su patria; sin hablar de los reyes imbéciles, como Carlos el Simple, tenemos reyes acomodaticios, como Luis XIII, que se entregó á Richelieu, y menores, como Luis XIV y Luis XV, con escandalosa memoria. (N. del T.)

á Breda, que los holandeses defendían admirablemente, escribió una larga misiva á Felipe III, enumerándole las mil contrariedades del sitio. Felipe III le retornó la carta, escribiendo únicamente, de su puño y letra, al margen: *Marqués, toma á Breda.* Para escribir semejantes palabras, es necesario ser un imbécil ó ser un genio, ser Felipe III ó Bonaparte. Hé aquí á qué nulidad podía llegar el rey de España; aislado como estaba de todo pensamiento y de toda acción, por la forma misma de su autoridad. La carta magna aísla, sobre poco más ó menos, al rey de Inglaterra, de igual manera. España luchó contra Luis XIV con un rey imbécil; Inglaterra ha luchado contra Napoleón con un rey loco.

¿No prueba esto que en ambos casos el rey es puramente nominal? ¿Es esto un bien? ¿Es un mal? Otro hecho testificamos, sin juzgarlo.

Nada hay menos libre que un rey de Inglaterra, á no ser un rey de España. A ambos se les dice: *Todo lo podéis, á condición de no querer nada.* El parlamento al primero, la etiqueta liga al segundo; é ironías de la historia, estas dos trabas tan diferentes, producen en ciertos casos los mismos efectos. A veces, el parlamento se subleva y mata al rey de Inglaterra; á veces, se subleva la etiqueta y mata al rey de España. Paralelismo extraño; pero incontestable, en el cual el cadalso de Carlos I tiene por pareja el brasero de Felipe III.

Uno de los resultados más considerables de esta ambición de la autoridad real por causas, no obstante, opuestas; es que la ley sálica queda inutilizada. Tanto en España, como en Inglaterra, las hembras pueden reinar.

Entre ambos pueblos existe aún más de una relación que merece una comparación atenta. En Inglaterra, como en España, el fondo del carácter nacional es una mezcla de orgullo y de paciencia. De aquí, salvo las restricciones que indicaremos, un admirable temperamento que empuja los pueblos á grandes hechos. El orgullo es virtud para una nación, la paciencia es virtud para el individuo.

Con el orgullo se domina; con la paciencia se coloniza. ¿Y qué es lo que encontramos en el fondo de la historia de España, como en el fondo de la historia de Inglaterra? Dominar y colonizar.

Hace poco, trazábamos, con la vista sobre la historia, el cuadro de la infantería española. Compruébese. Es el cuadro de la infantería inglesa.

Hace poco indicábamos algunos rasgos del clero español. En Inglaterra también hay un arzobispo de Toledo; se llama el arzobispo de Cantorbéry.

Si descendemos á las menores particularidades, se ve que para esos pequeños detalles de la vida interior y material, que son como la segunda naturaleza de las poblaciones, ambos pueblos, cosa singular, son tributarios, ambos de la propia manera, del Océano. El té es para Inglaterra lo que el cacao es para España, el hábito nacional; y por consiguiente, según la conyuntura, una ocasión de alianza ó una ocasión de guerra.

Paseemos á otro orden de ideas.

Ha habido y existe aun en ciertos pueblos un dogma espantoso, contrario al sentimiento interior de la conciencia humana, contrario á la razón pública, que forma la vida misma de los estados. Esta

fatal aberración religiosa, erigida en ley en algunos países, que establece y que cree que quemando el cuerpo se salva el alma, que las torturas de este mundo preservan á la humana criatura de las torturas en el otro, que el cielo se compra con el sufrimiento físico, y que Dios no es más que un verdugo sonriente, de lo alto de la eternidad de su infierno, contiene todos los repugnantes suplicios que el hombre ha podido inventar. Si jamás dogma alguno ha sido contrario al desarrollo de la sociabilidad humana, este es uno de ellos. El es el que se unce al terrible carro de Janguernat; él es el que presidia hace un siglo las exterminaciones anuales de Dahomey. Quien siente y raciocina lo repulsa con horror. Las religiones de Oriente lo han transmitido en vano á las de Occidente. No lo ha adoptado filósofo alguno. Desde hace tres mil años, sin atraerse un solo pensador, la pálida claridad de esas doctrinas sepulcrales, enrojecen vagamente la base del monstruoso pórtico de las teogonías indias, sombrío y gigantesco edificio que se pierde, apenas entrevisto por la humanidad aterrada, en las tinieblas sin fondo del misterio infinito.

Esta doctrina ha encendido en Europa en el siglo XVI, las hogueras de los judíos y de los herejes; la Inquisición las preparaba y España las atizaba. Esta doctrina enciende todavía en Asia las hogueras de las viudas; Inglaterra no las prepara ni las atiza; pero contempla como arden.

Nosotros no queremos sacar de estas relaciones más de lo que en sí contienen. Nos es, sin embargo, imposible no hacer notar que un pueblo que estu-

viese por completo en la vía de la civilización, no podía tolerar, ni aun siquiera por atenciones políticas, esas lúgubres, atroces é infames locuras. Francia, en el siglo XVI, abolió la inquisición. En el siglo XIX, si la India fuese colonia francesa, Francia hubiera extirpado la costumbre de quemarse la viuda con el cadáver del marido.

Puesto que, observando aquí y allá los contactos inadvertidos, pero reales, de España y de Inglaterra, hemos hablado de la Francia, observemos que se encuentran hasta en los acontecimientos en apariencia al pensador, una similitud secreta de conformación, y por consiguiente, quizás de destrucción. Registraremos aquí únicamente dos. El primero va de Inglaterra á Turquía: Enrique VIII mataba á sus mujeres como Mahometo II. El segundo va de Rusia á España: Pedro I mató á su hijo como Felipe II.



VIII

Rusia ha devorado á Turquía.

Inglaterra ha devorado á España.

Es esta, á nuestro sentir, una última y definitiva asimilación. Un estado no devora á otro sino á condición de reproducirlo.

Es suficiente poner los ojos sobre dos mapas de Europa, trazados con cincuenta años de intervalo, para ver de que manera irresistible, lenta y fatal, la frontera moscovita invade el imperio otomano. Es el sombrío y formidable espectáculo de puramente accidentales. España tuvo en cautividad á Francisco I, Inglaterra ha compartido esta gloria ó esta vergüenza (1). Ha tenido en cautividad á Napoleón.

Hay cosas características y memorables que vuelven y se repiten, para enseñanza de los espíritus atentos, en los ecos profundos de la historia. La frase de Waterlloo: *La guardia muere y no se rinde*, no es sino la traducción de la frase de Pavía: *Todo se ha perdido menos el honor*. En fin, además de las aproximaciones indirectas, la historia revela, entre los cuatro pueblos que forman el asunto de este estudio, no sabemos que extrañas relaciones, y por

(1) En efecto, Carlos V debió dejarse vencer por Francisco I y dejarse hacer prisionero. Esa era su obligación, como era obligación de Alemania dejarse vencer por Francia y dejarse tomar Berlín. Lo demás es una vergüenza, según Víctor Hugo. (N. del T.)

decirlo así, diagonales, que parecen ligarlas misteriosamente, y que indican una marea que sube. A cada momento, y de todas partes sube la ola y la playa desaparece. La ola es Rusia, la playa es Turquía. Algunas veces la honda retrocede; pero avanza un momento después, y avanza lejos. Una gran parte de la Turquía está cubierta ya, y se la distingue aún vagamente bajo el desbordamiento ruso. El 20 de Agosto de 1828, una oleada llegó hasta las puertas de Andrinópolis. Retiróse; pero cuando vuelva á avanzar, llegará á Constantinopla.

En cuanto á España, las dislocaciones del imperio romano y del imperio carlovingio, pueden sólo dar idea de esta desmembración prodigiosa. Sin contar el Milanesado, que tomó el Austria, sin contar el Rosellón, el Franco-Condado, Cambresis, el Artois y las Ardenas, que han vuelto á Francia, se han formado en Europa pedazos de la antigua monarquía española, y aun no contamos, fuera del reino de España propiamente dicho, cuatro reinos, Portugal, Cerdeña, las Dos Sicilias y Bélgica; un Asia, un virreinato, la India, igual á un imperio; y en América nueve repúblicas: México, Guatemala, Colombia, el Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Plata y Chile. Sea por influencia, sea por soberanía directa, Inglaterra posee hoy la mayor parte de aquella herencia. Tiene, á poco menos, casi todas las islas que eran de España, y que, literalmente, eran innumerables. Como hemos dicho al empezar, ha devorado á España lo mismo que España había devorado á Portugal. Hoy, echando una ojeada sobre las posesiones británicas, no se ven allí más que

nombres portugueses ó castellanos, Gibraltar, Sierra-Leona, la Ascensión, Fernando Póo, Mascarenhas, Cabo Delgado, Cabo Guardafuí, Honduras, Lucayas, Bermudas, Barbadas, la Trinidad, Tabago, Santa Margarita, la Granada, San Cristóbal, Antigua. España es visible por todas partes, reaparece en todos lados. Aun bajo la presión de Inglaterra, los fragmentos del imperio de Carlos V no han perdido su forma; y permítasenos esta comparación que retrata nuestro pensamiento, se reconoce toda la monarquía española en las posesiones británicas, como se encuentra un jaguar á medio digerir en el vientre de una boa (1).



(1) Víctor Hugo, á pesar de su inmenso genio, era ignorante en las ciencias naturales. En los *Travailleurs du Mer*, pinta un pulpo imposible; aquí nos da una boa que digiere jaguares. De buena fe puede equivocarse en lo demás.

IX

Como lo hemos indicado sumariamente en el párrafo 5.º, los dos imperios del siglo XVII, llevaban en su misma constitución las causas de su decadencia. Pero vivían momentaneamente una vida febril, tan formidable, que antes de morir hubiesen podido ahogar la civilización. Era preciso que un hecho exterior considerable, diese á las causas de atrofia que germinaban en ellas, el tiempo de desarrollarse. El hecho, como hemos señalado, fué la resistencia de Europa.

En el siglo XVII, Europa, guardiana de la civilización, amenazada por poniente y por levante, resistió á Turquía y á España. En el XIX, Europa, guardiana de la civilización, emplazada por las soberanas combinaciones de la Providencia; idénticamente en la misma situación, debe resistir á Rusia y á Inglaterra.

Pero, ¿cómo resistirá? ¿Qué queda, no considerando sino bajo este punto de vista, de la vieja Europa que luchó, y dónde están los puntos de apoyo de la Europa moderna?

Europa antigua, esa ciudadela que hemos tratado de reconstruir con el pensamiento en las páginas que nos han servido de punto de partida, está hoy medio demolida y agujereada por brechas profundas.

Casi todos los pequeños estados, ducados, repúblicas ó ciudades libres, que contribuían á la defensa general, han sucumbido.

La Holanda, demasiado manoseada, se ha marchitado.

Hungría, convertida en el país de Gales, las Asturias ó el Delfinado de Austria, se ha borrado.

Polonia ha desaparecido.

Venecia ha desaparecido.

Génova ha desaparecido.

El papa es solo nominal. La fe católica ha perdido terreno; perder terreno es perder clientes. Roma se ha empobrecido. Sus estados no son suficientes para procurarle un ejército; no tiene bastante dinero para levantarlo, y por otra parte, estamos en un siglo en que los ejércitos no se compran hechos. Como príncipe temporal, el papa ha desaparecido.

¿Qué queda pues, de aquel antiguo mundo? ¿Qué es lo único que queda en Europa en pie? Dos naciones únicamente: Francia y Alemania.

Bien; esto podrá ser suficiente. Francia y Alemania son esencialmente la Europa. Alemania es el corazón; Francia la cabeza (1).

Alemania y Francia son esencialmente la civilización. Alemania siente; Francia piensa (2).

(1) Cuando el corazón le tomó á la cabeza la Alsacia y la Lorena, el gran poeta en una de sus admirables obras, *L'Année Terrible*, puso al corazón como no digan dueñas, sin acordarse de esto. (N. del T.)

(2) O al revés, que es lo mismo. (N. del T.)

El pensamiento y el sentimiento son todo el hombre civilizado.

Hay entre los dos pueblos conexión íntima, consanguinidad incontestable. Proviene del mismo manantial; lucharon juntos contra los romanos; son hermanos del pasado, hermanos en el presente, hermanos en el porvenir.

Su manera de formación ha sido la misma. No son insulares, ni son conquistadores; son los verdaderos hijos del pueblo europeo.

El carácter sagrado y profundo del hijo del suelo, le es de tal modo inherente y se desarrolla en ellos con tal potencia, que ha hecho, por mucho tiempo imposible, á pesar del esfuerzo de los años y la prescripción de la antigüedad, su mezclanza con todo el pueblo invasor, quien quiera que fuese, y de donde quiera que viniese. Sin contar los judíos, nación emigrante y no conquistadora, que por otra parte es una excepción en todas partes, se puede citar, por ejemplo, razas eslavas que habitan el suelo alemán hace seis siglos, y que no eran alemanes aún hace ciento cincuenta años. Nada más chocante, á propósito de esto, que lo que refiere Tolio. En 1687 estaba en la corte de Brandeburgo; el elector le dijo un día: «Hay vándalos en mis estados. Habitan las costas del Báltico. Hablan el esclavón, pues de la Esclavonia salieron en otros tiempos. Son gente trapacera, infiel, inestables, sediciosos; poseen algunos pueblos de quinientas ó seiscientas familias; tienen en secreto, un rey de su nación, el cual lleva cetro y corona, y al que pagan anualmente un sextercio por cabeza. Una vez ví á

ese rey, que era un joven bien dispuesto física y moralmente; como me quedase mirándole atentamente, observólo un anciano, y penetrando mi intención, para distraerme, cayó á palos sobre su rey, al que rechazó como un esclavo. Tienen la inteligencia despierta, y retroceden, cuando se les apronta, al interior de bosques y pantanos inaccesibles; esto me ha impedido abrir escuelas en su región; pero he hecho traducir en su idioma la Biblia, los salmos y el catecismo. Tienen armas; pero oculta-mente. Una vez, teniendo conmigo ochocientos granaderos, me ví rodeado súbitamente por cuatro ó cinco mil de ellos; mis granaderos pudieron rechazarlos con gran trabajo.»

Después de un momento de silencio, viendo el elector que Tolio estaba pensativo, añadió estas palabras notables:

«Tolio; vos sois alquimista. Es posible que hagáis oro con cobre; pero os desafío que hagáis un prusiano con un vándalo.»

La fusión era difícil en efecto; sin embargo, lo que ningún alquimista ha podido hacer, la nacionalidad alemana, ayudada por la gran claridad del siglo XIX, acabará por realizarlo.

A la hora que es, los mismos fenómenos constituyentes se manifiestan en Alemania y en Francia. Lo que el establecimiento de los departamentos ha hecho para Francia, la unión de las aduanas lo ha hecho para Alemania; darle la unidad.

Se necesita, para que el universo esté en equilibrio, que haya en Europa como la doble llave de bóveda del continente, dos grandes estados del

Rhin, ambos fecundados y estrechamente unidos por ese río regenerador; uno septentrional y oriental, la Alemania, apoyándose en el Báltico, en el Adriático y en el mar Negro, con la Suecia, la Dinamarca, la Grecia y los principados del Danubio por Cotareles; la otra meridional y occidental, apoyándose en el Mediterráneo y el Océano con España é Italia por contrafuertes.

Desde hace mil años, la misma cuestión se ha presentado ya diferentes veces en otros términos, y este plan ha sido ya ensayado por tres grandes príncipes.

Primeramente, Carlomagno. En el s.º VIII, no se trataba de los turcos y de los españoles, no era cuestión de ingleses y rusos, sino de sajones y normandos. Carlomagno construyó su estado contra ellos. El imperio de Carlomagno es una primera prueba todavía vaga y confusa; pero no obstante, distinta, de la Europa que acabamos de bosquejar, y que será un día, sin duda ninguna, la Europa definitiva.

Más tarde por Luís XIV. Luís XIV quería construir el estado meridional del Rhin tal como hemos indicado. Introdujo su familia en España, en Italia y en Sicilia, apoyando allí la Francia. La idea era nueva; pero la dinastía estaba gastada; la idea era grande; pero la dinastía era pequeña. Esta desproporción impidió el éxito.

La obra era buena, el obrero era bueno; pero la herramienta era mala.

Finalmente, por Napoleón. Napoleón empezó por restablecer, él también, el estado meridional del

Rhin. Instaló su familia, no solamente en España, en Lombardía, en Etruria y en Nápoles, sino, además, en el ducado de Berg y en Holanda, á fin de tener bajo todo el Mediterráneo, y arriba, todo el curso del Rhin hasta el Océano. Luego, cuando hubo rehecho así lo que había hecho Luis XIV, quiso rehacer lo hecho por Carlomagno. Ensayó el constituir á Alemania según el mismo plan que Francia. Casó en Austria, dió la Westfalia á su hermano, la Suecia á Bernardotte, y prometió la Polonia á Poniatowski. En esta obra inmensa tropezó con Inglaterra, con Rusia y con la Providencia, y se quebró. Los tiempos no habían llegado aún. Si hubiese venido, el grupo continental quedaba formado.

Quizás sea necesario que la obra de Carlomagno y de Napoleón, se lleve á cabo sin Napoleón y sin Carlomagno. Esos grandes hombres tienen quizás el inconveniente de personificar demasiado la idea y de despertar por su entidad, más francesa que germánica, los celos de las nacionalidades. Pueden resultar menosprecios, y los pueblos llegan á imaginarse que sirven á un hombre, y no á una causa, la ambición de uno solo, y no la civilización de todos. Y entonces se apartan. Esto fué lo que pasó en 1813. No es preciso que sea Carlomagno ó Bonaparte quien se defienda contra los enemigos de Oriente ó los enemigos de Occidente; es preciso que sea la Europa. El día en que la Europa central estará constituida, y lo estará un día, el interés de todos será evidente; la Francia, apoyada en Alemania, hará frente á Inglaterra; que es, como lo hemos dicho, el espíritu del comercio, y la rechazará al

Océano; Alemania, apoyada en Francia, hará frente á Rusia, que, también lo hemos dicho, es el espíritu de conquista, y la rechazará al Asia.

El comercio tiene su puesto en el Océano.

En cuanto al espíritu de conquista, que tiene la guerra por instrumento, entona y resucita las civilizaciones muertas, y mata las civilizaciones vivas. La guerra es el renacimiento para unas y el fin para las otras. El Asia la necesita; Europa no.

La civilización admite el espíritu militar y el espíritu comercial; pero se supedita á ellos enteramente. Los combina en una justa proporción con los otros elementos humanos. Corrige el espíritu guerrero por la sociabilidad, y el espíritu comercial por el desinterés. Enriquecerse no es, en modo alguno, su ambición suprema; engrandecerse no es tampoco su objeto exclusivo. Iluminar para mejorar, he aquí su fin; y á través de las pasiones, de los prejuicios, de las ilusiones, de los errores y de las locuras de los pueblos y de los hombres, hace al luz por la radiación serena y majestuosa del pensamiento.

Reasumamos. La unión de Alemania y Francia, será el freno de Inglaterra y Rusia; la salvación de Europa, la paz del mundo.



X

Esto fué lo que la política inglesa y la política rusa, dueña del congreso de Viena, comprendieron en 1815.

Había entonces ruptura de hecho entre Francia y Alemania.

La causa de esta ruptura vale la pena de ser recordada en cuatro palabras.

El czar, por entusiasmo hacia Napoleón, fué francés un momento; pero viendo Bonaparte edificar el norte de Europa contra Rusia, volvió á ser ruso. Y cualquiera que pudiese ser su amistad de hombre privado por Alejandro, Napoleón, fortificando la Europa contra Rusia, no merece ninguna censura. Les es imposible á los Napoleón y á los Carlomagno construir su Europa á su manera, como á los castores no construir su cabaña según una cierta forma y contra cierto viento.

Cuando se trata de la conservación y de la propagación, esas dos grandes leyes naturales, el genio tiene su instinto tan seguro, tan fatal, tan extraño á todo lo que no es su objeto, como el de los brutos. Le sigue, dejadle hacer, y en el emperador, como en el castor, admirad á Dios.

Inglaterra, ni por un momento había tenido la ilusión que tuvo Alejandro. La paz de Amiens duró lo que dura un relámpago; Fox, todo lo más, había

sido fascinado por Bonaparte. La Europa de Napoleón había sido construída igualmente, y sobre todo, contra Inglaterra. Así, para aliarse con Inglaterra, el czar no tuvo más que coger su mano que se le tendía hacia ya tiempo. Se conocen los acontecimientos de 1812. El emperador Napoleón se apoyaba sobre Alemania como sobre Francia; pero agujoneado de todas partes, odiado y traicionado por todos los reyes de antiguo tronco, picado por el nubarrón de libelos de Londres como el toro por un enjambre de tábanos, molestado en sus medios de acción, turbado en su operación, colosal y delicada, cometió dos grandes faltas, una al mediodía y otra al norte; había lastimado á España y ofendido á Prusia. Siguióse una reacción, terrible y justa hasta cierto punto. Como España, Prusia se alzó. Alemania tembló bajo los pies del emperador. Buscando á tientas un punto de apoyo, retrocedió á Francia, donde encontró tierra segura. Allí, durante tres meses, luchó, como un gigante, cuerpo á cuerpo con Europa. Pero el combate era desigual; así como en los combates de Homero, el Océano y el Asia socorrían á Europa. El Océano vomitaba ingleses; el Asia vomitaba cosacos. El emperador cayó y Francia se veló el rostro; pero antes de cerrar los ojos, en la vanguardia de las hordas rusas, reconoció á Alemania.

De aquí, una ruptura entre ambos pueblos. Alemania tenía su rencor, Francia su cólera.

Pero entre naciones generosas, hermanas por la sangre y por el pensamiento, los días pasan y las cóleras se disipan; la mala inteligencia de 1813, te-

nía que concluir aclarándose. La Alemania, heroica en la guerra, se vuelve pensadora en la paz. Todo lo que es ilustre, todo lo que es sublime, aun fuera de sus fronteras, place á su entusiasmo serio y desinteresado. Cuando su enemigo es digno de ella, le combate hasta que ya no le ve en pie; pero le honra después de caído. Napoleón era demasiado grande para que Alemania no lograra amarle. Y para Francia, á quien Santa Elena ha hecho sangrar el corazón, quien quiera que admira y ama al emperador, es francés. Ambas naciones, pues, estaban llamadas, dentro de un tiempo dado, á entenderse y á reconciliarse.

La Inglaterra y la Rusia previeron este porvenir inevitable, y para impedirlo, poco tranquilizados por la caída del emperador, motivo momentáneo de ruptura, crearon entre Alemania y Francia un motivo permanente de odio.

Tomaron á Francia, y dieron á Alemania la orilla izquierda del Rhin.



XI

Esto fué de una política profunda.

Era vulnerar el gran estado meridional, esbozado por Carlomagno, construído por Luis XIV y restaurado por Napoleón. Era debilitar la Europa central, crearle ficticiamente una especie de enfermedad incurable y matarla quizás, con el tiempo, poniéndole cerca del corazón una úlcera siempre dolorosa, siempre gangrenada. Era abrir una brecha á la Francia, á la verdadera Francia que es tan rheniana como mediterránea: *Francia rhenana*, dicen los antiguos mapas carlovingios. Era poner una vanguardia extranjera á cinco jornadas de París. Era sobre todo irritar para siempre jamás á Francia contra Alemania.

Esta profunda política, que se reconoce en la concepción de semejante pensamiento, se encuentra en la ejecución.

Dar la ribera izquierda del Rhin á Alemania, era una idea. Haberla dado á Prusia, es una obra maestra.

Obra maestra de odio, de astucia, de discordia y de calamidad; pero obra maestra al fin. La política las gasta así.

Prusia es una nación joven, vivaz, enérgica, espiritual, caballeresca, liberal, guerrera, poderosa. Pueblo de ayer, que tiene un mañana. Prusia va á

grandes destinos particularmente bajo su monarca actual, príncipe grave, noble, inteligente y leal, que es digno de dar á su pueblo la última grandeza, la libertad. Por un sentimiento verdadero y justo de su acrecentamiento inevitable, por un punto de honor loable, aun que según nuestra opinión mal entendido, Prusia podrá querer no dar nada de lo que haya cogido una vez.

La política inglesa se guardó muy bien de dar esa orilla al Austria; Austria, evidentemente, hace dos siglos, decrece y se debilita.

En el siglo XVIII, época en que Pedro el Grande hizo la Rusia, Federico el Grande hizo la Prusia, y la hizo en su mayor parte con pedazos del Austria.

Austria es el pasado de Alemania; Prusia es su porvenir.

A poco menos como la Francia, que como demostraremos seguidamente, es á la vez joven y vieja, antigua y moderna, Prusia es á Alemania lo que Francia á Europa.

Debió haber entre Francia y Prusia afecto cordial hacia el mismo objeto, acuerdo profundo, simpatía. La partición del Rhin ha creado una antipatía.

Debió haber amistad; la partición del Rhin ha creado un odio.

Enemistar la Francia con Alemania, era algo; enemistar la Francia con Prusia, lo era todo.

Repitémoslo, la instalación de Prusia en las provincias rhinianas, fué el hecho capital del Congreso de Viena. Fué la gran habilidad de lord Castlercagh y la gran falta de M. de Talleyrand.

XII

Por otra parte, en el fatal removimiento de 1815, no hubo más idea que ésta. Lo demás fué obra del azar. El Congreso pensó desorganizar á Francia y organizar á Alemania.

Se han dado pueblos á los príncipes y príncipes á los pueblos, con frecuencia sin fijarse en los límites, casi siempre sin consultar la historia, el pasado, las nacionalidades, los amores propios. Porque las naciones tienen también su amor propio, que escuchan frecuentemente, digámoslo en honor suyo, mejor que sus intereses.

Un solo ejemplo, que es culminante, será suficiente para dar á conocer de qué manera, bajo este concepto, se han hecho los trabajos del Congreso. Maguncia es una ciudad ilustre. Maguncia, en el siglo IX, era lo bastante fuerte para castigar á su obispo Hatto; Maguncia, en el siglo XII, era bastante poderosa para defender contra el emperador y el imperio, á su arzobispo Adalberto. Maguncia, en 1285, fué el centro de la hansa rhiniana y el nudo de cien ciudades.

Ha sido la metrópoli de los trovadores, es decir, de la poesía gótica; fué la cuna de la imprenta, es decir, del pensamiento moderno. Conserva y enseña aun la casa en que habitaron, de 1443 á 1450, Guttemberg, Juan Just y Pedro Schæfer, y que lla-

ma, por una justa asimilación *Dreykönig-shof*, casa de los tres reyes. Durante ochocientos años, Maguncia ha sido la capital del primero de los electoratos germánicos; durante veinte años, Maguncia ha sido una de las fronteras de Francia. El Congreso la ha dado, como una barriada á un estado de quinto orden, á la Hesse.

Maguncia tenía una nacionalidad distinta, afeerrada, orgullosa y celosa. El electorado de Maguncia pesaba en Europa. Hoy tiene guarnición extranjera. No es ya sino una especie de cuerpo de guardia donde el Austria y la Prusia hacen centinela, con la mirada puesta en Francia.

Maguncia había grabado en 1135 sobre las puertas de bronce que le dió Willigis, las libertades que le dió Adalberto. Conserva aun las puertas de bronce, pero no las libertades.

En lo más profundo de su historia, Maguncia tiene recuerdos romanos; la tumba de Druso está en su suelo. Guarda también recuerdos franceses; Pipino, el primer rey de Francia, fué consagrado, en 750, por un arzobispo de Maguncia, San Bonifacio. No guarda ningún recuerdo hessense, á menos que no sea este: en el siglo XVI, su territorio fué arrasado por Juan el Batallador, landgrave del Hesse.

Esto demuestra de qué manera ha obrado el Congreso de Viena. Jamás operación quirúrgica alguna se ha hecho más á la ventura. Se ha tenido prisa de amputar á Francia, de mutilar las nacionalidades rhinianas, de extirpar el espíritu francés. Se han arrancado violentamente pedazos del imperio

francés; el uno ha tomado esto, el de allí lo otro, sin mirar siquiera si el pedazo sufría, si no estaba separado de su centro, es decir, de su corazón, si podía reanudar así su vida y prosperar así. No se ha puesto ningún aparato, no se ha hecho ninguna ligadura. Lo que sangraba hace veinticinco años, sangra aún.

Así se le han dado á la Baviera algunos anillos de la cadena de los Vosgos, veintiseis leguas de largo por una de ancho, quinientas diecisiete mil ochenta almas, tres pedazos de nuestros tres departamentos de la Sarre, del Bajo Rhin y del Mont-Tonnerre. Con estos tres pedazos la Baviera ha formado cuatro distintos. ¿Por qué estas cifras y no otras? Buscad una razón; no encontraréis más que el capricho.

Se ha dado á la Hesse-Darmstadt, el cabo septentrional de los Vosgos, el norte del departamento del Mont-Tonnerre, y ciento setenta y tres mil cuatrocientas almas. Con esas almas y esos Vosgos, la Hesse ha formado once cantones.

Si se echa una ojeada sobre un mapa de Alemania, hacia la confluencia del Mein y del Rhin, se tiene la agradable sorpresa de ver expansionarse allí una flor de cinco pétalos, recortada en 1815 por las delicadas tijeras del Congreso. Francfort es el pistilo de esta rosa. Este pistilo, donde viven en pleno desarrollo dos burgomaestres, cuarenta y dos senadores, sesenta administradores y ochenta y cinco legisladores, contiene cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales cinco mil son judíos. Los cinco pétalos, pintados en el mapa, de diferentes co-

lores, pertenecen á cinco estados diferentes; el primero á la Babiera, el segundo á Hesse-Cassel, el tercero á Hesse-Homburgo, el cuarto á Nassan, el quinto á Hesse-Darmstadt.

¿Era necesario acomodar y envolver de tal manera á una noble ciudad, donde parece, porque está allí, que se siente latir el corazón de Alemania? Los emperadores han sido elegidos y coronados allí; la Dieta germánica delibera allí; allí ha nacido Goethe.

Cuando se recorren hoy las provincias rhinianas, sobre las cuales irradiaba aun no hace treinta años esa potente homogeneidad, que ha penetrado tan profundamente en menos de un siglo y medio en el antiguo landgraviato de Alsacia, el viajero encuentra alguna que otra vez un poste blanco y azul; está en Baviera; luego un poste blanco y rojo; está en la Hesse; después un poste blanco y negro, está en Prusia. ¿Por qué? ¿Hay alguna razón para esto? ¿Se ha pasado un río, una muralla, una montaña? ¿Se ha tocado alguna frontera? ¿Se ha modificado alguna cosa en el país que se cruza? No. Nada ha cambiado, sino el color de los postes. El hecho es que no se está ni en Prusia, en la Hesse, ni en Baviera; se está en la orilla izquierda del Rhin, es decir, en Francia, como en la orilla derecha se está en Alemania.

Insistamos pues sobre este punto, el arreglo de 1815 fué un reparto leonino. Los reyes no dijeron más que: *Repartamos*.—Estos son los vestidos de José, desgarrémoslos, y que cada cual conserve lo que se le quede entre las manos.—Éstas piezas es-

tán hoy cosidas á los bajos de cada estado; se las puede ver; jamás andrajos más heterogéneos se han arrastrado por un mapa-mundi, jamás despojos superpuestos, cabo con cabo por la política humana, han revestido y tapado de manera más extraña los eternos y divinos límites de ríos, mares y montañas.

Y tarde ó temprano, las nobles naciones del Rhin reflexionarán sobre esto; que el Congreso no se ha ocupado de ellas para nada. Se ha podido entrever en estas líneas necesariamente sumarias, con cuanto desdén el Congreso ha tratado la historia, el pasado, las afinidades geográficas y comerciales, todo lo que constituye la entidad de las naciones. Cosa notable, se distribuían los pueblos, y no se pensaba en los pueblos. Se agrandaba, se redondeaba, se extendía, helo aquí todo. Cada cual pagaba sus deudas con un poco de la Francia. Se hacían concesiones vitalicias y concesiones perpetuas. Se acomodaban á gusto de unos y otros. Tal príncipe pedía un donativo; se le daba una ciudad. Tal otro reclamaba un adelanto; se le echaba un pueblo.

Pero bajo esta aparente ligereza, lo hemos indicado, había un pensamiento profundo, un pensamiento inglés y ruso que se ejecutaba, tanto á expensas de Alemania como de Francia. El Rhin era el río que debía unirles; se ha hecho el río que las divide.



XIII

Esta situación es evidentemente ficticia, violenta, contra naturaleza, y por consiguiente, momentánea. El tiempo lo conduce todo á la ecuación, Francia volverá á su forma normal y á sus proporciones necesarias. A nuestra opinión, puede y debe llegar pacíficamente, por la fuerza de las cosas combinada con la fuerza de las ideas. A esto se oponen, sin embargo, dos obstáculos:

Un obstáculo material.

Un obstáculo moral.



XIV

El obstáculo material es la Prusia. No volveremos á insistir en lo que hemos dicho acerca de este punto. Es imposible, no obstante, que en un tiempo dado la Prusia no se conozca tres cosas:

La primera es que, dejando siempre fuera el carácter personal de los príncipes, la alianza rusa no es ni puede ser un hecho simple y claro para un estado de la Europa central. Son aproximaciones en que la segunda intención es transparente. Entre reyes y entre pueblos, la amistad puede ser de diversas maneras. Rusia ama á Alemania, como Inglaterra ama á España y á Portugal, como el lobo ama al cordero.

La segunda es que, á pesar de todos los esfuerzos de la Prusia desde hace veinte años, á pesar de grandes concesiones de bienestar, como la rebaja de las tasas del tabaco, el lúpulo y el vino, por paternal que sea su gobierno y nosotros lo reconocemos, la orilla izquierda ha permanecido francesa, en tanto que la orilla derecha, natural y necesariamente alemana, se ha convertido en prusiana acto seguido. Recorred la orilla derecha, entrad en las hospederías, en las tabernas, en las tiendas: por todas partes veréis el retrato del gran Federico y la batalla de Rosbach, colgados en las paredes. Recorred la orilla izquierda, visitad los mismos lugares,

y por todas partes encontraréis Napoleón y Austerlitz, muda protesta. La libertad de imprenta no existe en las posesiones prusianas; pero existe la libertad de las paredes, y ésta es suficiente, como se ve, para hacer públicos los pensamientos secretos.

En tercer lugar, la Prusia observará que su estado, tal como el congreso lo ha cortado, está mal.

¿Qué es, en efecto, la Prusia de hoy? Tres islas en tierra firme. Cosa que parece rara; pero que es cierta. El Rin, y sobre todo la falta de simpatía y de unidad, parten en dos el gran ducado del Bajo Rin, que está asimismo separado de la antigua Prusia por un estrecho, por el cual, pasa un brazo de la confederación germánica, en el que Hannover y la Hesse electoral, hacen su conjunción. Entre los puentes más próximos de este estrecho, Liebenan y Wilzenhs, está precisamente situado Cossel, como para impedir toda comunicación. Extraña sujeción, casi absurda de expresar, el rey no puede ir á su casa, sin salir de su casa.

Es evidente que esto todavía no es sino una situación provisional.

La Prusia, digámoslo á ella misma, tiende á ser y será un gran reino homogéneo, ligado en todas sus partes, poderoso por tierra y por mar. En el momento en que escribimos, la Prusia no tiene puertos sino en el Báltico, mar cuya profundidad no llega á los ochocientos pies del lago Constanza, mar más fácil de cerrar aún que el Mediterráneo, y que no tiene, como el Mediterráneo, la inapreciable ventaja de ser el recipiente de la civilización. Un pueblo encerrado á orillas del Mediterráneo, ha po-

dido llegar á ser Roma. ¿Qué llegará á ser un pueblo encerrado en el Báltico? Prusia necesita puertos en el Océano.

Nadie posee el secreto del porvenir, y sólo Dios, con su dedo inflexible, adelanta, retrocede ó borra soberanamente las líneas verdes ó rojas que los hombres trazan sobre los mapamundis. Pero desde ahora se puede afirmar, pues en parte es visible, que el trabajo divino se hace. Desde ahora, la Providencia empieza á poner en orden, con su lentitud inflexible y majestuosa, lo que habían desarreglado los congresos. Separando, por el advenimiento bendecido de una joven, la corona de Hannover de la corona de Inglaterra, aislando el pequeño reino del grande, la rama de Brunswich queda alemana ó se volverá alemana, marcando, por una extinción próxima, el medio y el objeto: el Hannover á la Prusia, y el Rhin á la Francia.

Cuando decimos el Rhin, entendemos la orilla izquierda. Prusia posee más orilla derecha que izquierda, y guardará la orilla derecha.

Para Hannover, la incorporación á Prusia es un gran paso hacia la libertad, la dignidad y la grandeza. Para Prusia, la posesión de Hannover, es primeramente la homogeneidad de su territorio, la supresión del estrecho y del obstáculo, la junción del ducado del Rhin á la antigua Prusia; seguidamente, es la absorción inevitable de Hamburgo y de Oldemburgo, es el Océano abierto, la navegación libre, la posibilidad de ser tanto por la marina como por el ejército.

¿Qué significa la orilla izquierda del Rhin al lado de todo esto?

En cuanto á Alemania propiamente dicha, tiene en los principados del Danubio la futura compensación. ¿No es evidente que el imperio otomano disminuye y se atrofia, para que Alemania se engrandezca?



XV

El obstáculo moral es la inquietud que Francia despierta en Europa.

Francia, en efecto, para el mundo entero es el pensamiento, es la inteligencia, la publicidad, el libro, la prensa, la tribuna, la palabra; la lengua es la peor de las cosas, decía Esopo, y la mejor también.

Para apreciar cuál es la influencia de la Francia en la atmósfera continental, y que luz y que calor difunde, es suficiente comparar la Europa de hace doscientos años, cuyo bosquejo hemos hecho al principio, con la Europa de hoy.

Si es verdad que el progreso de las sociedades sea, y nosotros lo creemos firmemente, el marchar por lentas transformaciones sucesivas y pacíficas, del gobierno de uno sólo al gobierno de varios, y del gobierno de varios al gobierno de muchos, si esto es verdad, al primer aspecto parece evidente que Europa, lejos de avanzar, como creen los buenos espíritus, ha retrogradado.

En efecto, sin hacer, siquiera de momento, figurar en este cálculo las monarquías secundarias de la confederación germánica, y no tomando en cuenta más que los estados absolutamente independientes, se recordará que en el siglo XVII, no había en Europa más que doce monarquías hereditarias: hoy hay diecisiete.

Había cinco monarquías electivas; sólo queda una, la Santa Sede.

Había ocho repúblicas; sólo queda una, Suíza.

Suíza, bueno es hacerlo constar, no solamente ha sobrevivido, sino que se ha engrandecido. De trece cantones ha subido á veintidós. Digámoslo de paso, pues si insistimos sobre las causas morales, no queremos omitir las físicas, todas las repúblicas que han sucumbido estaban en el llano ó sobre la costa; la única que se ha conservado estaba en las montañas. Las montañas conservan las repúblicas. Desde hace cinco siglos, á pesar de los asaltos y de las ligas, existen tres repúblicas montañosas en el antiguo continente; una en Europa, Suíza, en los Alpes; una en Africa, la Abisinia, en las montañas de la Luna; una en Asia, la Circasia, en el Cáucaso.

Si después de la Europa, examinamos la confederación germánica, ese microcosmos de la Europa, véase lo que aparece; aparte de Prusia y Austria, que se cuentan entre las monarquías independientes, los seis principales estados de la confederación germánica son: Baviera, Wurtemberg, Saxe, Hanóver, Hesse y Bade. De estos seis estados, los cuatro primeros eran ducados, hoy son reinos; los dos últimos eran la Hesse, un landgraviato, y Bade, un margraviato; hoy son grandes ducados.

En cuanto á los estados electivos y vitalicios del cuerpo germánico, eran numerosos y comprendían una multitud de estados eclesiásticos; todos han cesado de existir; á su cabeza se han eclipsado para siempre jamás, los tres grandes electorados episcopales del Rhin.

Si pasamos á los estados populares, encontramos esto: había en Alemania setenta ciudades libres; no quedan sino cuatro: Francfort del Mein, Hamburgo, Lubeck y Brema.

Y nótese bien, para hacer esta aproximación, nos hemos puesto en las condiciones las más favorables para lo que queríamos demostrar; porque, si en lugar de 1630 hubiéramos escogido 1650, por ejemplo, hubiéramos podido sacar á los estados monárquicos y añadir á los estados democráticos del siglo XVII, la república inglesa que ha desaparecido hoy como las otras.

Prosigamos.

De las monarquías electivas, dos eran de primer orden, Roma y el Imperio. La única que queda, Roma, ha descendido al tercer rango.

De las ocho repúblicas, una, Venecia, era potencia de segunda fila. La única que subsiste en nuestros días, Suiza, es, como Roma, un estado de tercer orden.

Las cinco grandes potencias actualmente directivas, Francia, Prusia, Austria, Rusia é Inglaterra, son todas monarquías hereditarias.

Así pues, según esta confrontación sorprendente, ¿quién ha ganado terreno? La monarquía. ¿Quién lo ha perdido? La democracia.

Véanse los hechos.

Pues bien, los hechos se engañan. Los hechos no son sino apariencias. El sentimiento profundo y unánime de las naciones, desmiente los hechos, y dice que es lo contrario lo que es cierto.

La monarquía ha retrocedido, la democracia ha avanzado.

Para que el lado liberal de la constitución de la antigua Europa no solamente no haya perdido nada, sino que haya ganado prodigiosamente, á pesar de la multiplicación y acrecentamiento de los reinos, á pesar de la caída de todos los estados vitalicios, y en algún modo, presidenciales de Alemania, á pesar de la desaparición de cuatro grandes monarquías electivas, sobre cinco, de siete repúblicas, sobre ocho, y de setenta ciudades libres, sobre setenta, ès suficiente un hecho: Francia ha pasado del estado de monarquía pura, al estado de monarquía popular.

Esto no es más que un paso; pero es un paso dado por Francia; y en un tiempo dado, el mundo dará todos los pasos que Francia dé. Esto es de tal manera verdadero, que cuando Francia se adelanta, el mundo se revuelve contra ella, y la trata de enemigo, encontrando más fácil combatirla que seguirla. Así la política de la Francia debe de ser una política conductora, y resumirse siempre en dos palabras: no caminar jamás con demasiada lentitud para no detener á Europa, ni caminar tan deprisa que Europa no pueda seguirla.

El cuadro que acabamos de reseñar en las páginas precedentes, prueba aun, y prueba soberanamente esto: que las palabras no son nada, y las ideas lo son todo. ¿A qué luchar, en efecto, en pro ó en contra de la palabra *república*, por ejemplo, cuando se ha demostrado que siete repúblicas, cuatro estados electivos, y setenta ciudades libres, tienen menos sitio en la civilización europea, que una idea de libertad lanzada por Francia á todos los vientos?

En efecto, los estados perjudican ó sirven á la civilización, no por el nombre que llevan, sino por el ejemplo que dan. Un ejemplo es una proclamación.

¿Y cuál es el ejemplo que han dado las repúblicas desaparecidas, y cuál es el ejemplo que Francia da?

Venecia amaba apasionadamente la igualdad. El dux no tenía más que su voz en el Senado. La policía entraba en el palacio del dux, como en casa del último ciudadano, y cubiertos con una mascarilla, registraban sus papeles en su presencia, sin que aquel magistrado osase decir una palabra. Los parientes del dux eran sospechosos á la república, por el mero hecho de ser parientes del dux. Los cardenales venecianos, le eran sospechosos como príncipes extranjeros. Catalina Cornaro, reina de Chipre, no era en Venecia sino una dama veneciana. La república había proscripto los títulos heráldicos. Un día un senador, nombrado por el emperador conde del Sacro-Imperio, hizo esculpir en piedra, sobre el arco, una corona condal, rematando su escudo. Al siguiente día, la corona había desaparecido. El consejo de los Diez la había hecho romper á martillazos. El senador devoró la afrenta, é hizo bien. Bajo Francisco Foscari, cuando el rey de Dacia fué á Venecia, la república le concedió el rango de ciudadano, nada más.

Hasta aquí todo va bien, y la igualdad más celosa nada tiene que censurar. Pero debajo de los ciudadanos, están los habitantes. Los ciudadanos, son la nobleza; los habitantes, es decir, el pueblo, no

tenían ningún derecho. Su magistrado supremo, que se llamaba el canciller de la plebe, y que era una especie de dux plebeyo, tenía un rango que distaba mucho del del último de los patricios. Había entre lo bajo y lo alto del estado, una muralla infranqueable, y en ningún caso el plebeyo se rozaba con la aristocracia. Una vez tan sola, en el siglo XIV, treinta burgueses opulentos se arruinaron por salvar la república, y obtuvieron en recompensa, ó mejor dicho, en pago, el acceso al patriciado; pero esto causó casi una revolución, y esos treinta nombres, á los ojos de la aristocracia pura, han sido juzgados, hasta nuestros días, como una mancha del libro de oro. La señoría declaraba no deber al pueblo sino una cosa, el pan barato. Añadid á esto el carnaval de cinco meses, y Juvenal podía decir: *Panem et circenses*. Así comprendía Venecia la igualdad.

El derecho público francés ha abolido todo privilegio. Ha proclamado el libre acceso de todos los empleos á todas las aptitudes, y esta igualdad del primero como del último reguicola ante el derecho político, es la sola verdadera, la sola razonable, la única justa. Cualquiera que sea el azar del nacimiento, saca de la sombra, comprueba y consagra las superioridades naturales, y por la igualdad de las condiciones, pone de relieve la desigualdad de las inteligencias.

En Génova como en Venecia, había, dos estados, la gran república, regida por lo que se llamaba el palacio, es decir, por el dux y la aristocracia, y la pequeña república, regida por el despacho de

San Jorge. Solamente, que al contrario de Venecia, la república de abajo molestaba, trababa y aun oprimía á la república de arriba. La comunidad de San Jorge, se componía de todos los acreedores del estado, que se llamaban los prestamistas. Era poderosa y avara, y desollaba frecuentemente á la señoría. Tenía parte en todas las gabelas, en todos los privilegios, y poseía exclusivamente la Córcega, que gobernaba rudamente. Nada hay más duro que un gobierno de nobles, á no ser un gobierno de comerciantes. Génova era una nación de deudores, manejada por una nación de acreedores. En Venecia el impuesto pesaba casi todo sobre la burguesía; en Génova aplastaba con frecuencia á la nobleza.

Francia, que ha proclamado también la igualdad de todos ante el impuesto, no soporta ninguna diferencia en las cajas del Estado. Cada cual aporta y retira. Y lo que prueba la bondad del principio, así como su igualdad política respeta la desigualdad de las inteligencias, su igualdad ante el impuesto, respeta la desigualdad de las fortunas.

En Venecia, el Estado vendía oficios, y mediante un derecho que se llamaba *depósito de consejo*, los menores podían entrar, sentarse y votar antes de la edad en las asambleas.

Francia ha abolido la venalidad de las funciones públicas.

En Venecia reinaba el silencio.

En Francia gobierna la palabra.

En Génova, la justicia era administrada por una rota, siempre compuesta de cinco doctores extranjeros. En Luca, la rota no se componía sino de tres

doctores; el primero, era el podestá; el segundo, juez civil; el tercero, juez criminal, y no solamente debían ser extranjeros; pero necesitaban haber nacido, al menos, á cincuenta leguas de Luca.

Francia ha establecido, en principio y en hecho, que la sola justicia es la justicia del país.

En Génova, el dux estaba custodiado por quinientos alemanes; en Venecia, la república estaba defendida en tierra firme por un ejército extranjero, siempre mandado por un general extranjero; en Ragusa, las leyes estaban colocadas bajo la protección de cien húngaros, conducidos por un capitán, los cuales desempeñaban las ejecuciones; en Luca, la señoría estaba protegida en su palacio por cien soldados extranjeros, que, como los jueces, no podían haber nacido á menos de cincuenta leguas de la capital.

Francia pone al príncipe, al gobierno y al derecho público, bajo la protección de la guardia nacional. Las antiguas repúblicas parecían desconfiar de ellas mismas. Francia se confía á la Francia.

En Luca había una inquisición de la vida privada, que se llamaba *consejo de los díscolos*. Por sola una denuncia echada por cualquier ciudadano en el buzón del consejo, todo ciudadano podía ser declarado díscolo, es decir, hombre de malas costumbres, y desterrado por tres años, bajo pena de muerte, en caso de infracción. De aquí, abusos sin nombre.

Francia ha abolido todo este ostracismo. Francia respeta la vida privada.

En Holanda, la excepción lo regía todo. Los Estados votaban por provincia, y no por cabeza.

Cada provincia tenía sus leyes especiales, feudales en West-Frisia, burguesas en Groninga, populares en Onmelandas. En la provincia de Holanda, sólo dieciocho ciudades tenían derecho á ser consultadas acerca de los negocios generales y ordinarios de la república; otras siete, podían ser admitidas á dar su opinión; pero únicamente cuando se trataba de la paz ó de la guerra, ó de la recepción de un nuevo príncipe. Estas veinticinco ciudades exceptuadas, ninguna de las otras era consultada, unas porque pertenecían á señores particulares, otras porque no eran plazas fuertes. Tres ciudades imperiales, con derecho de acuñar moneda, gobernaban el Over-Issel, cada una de ellas con prerrogativa especial. Deventer era la primera, Campen la segunda, y Zwoil la tercera. Las ciudades y los pueblos del ducado de Brabante obedecían á los estados generales, sin tener el derecho de ser representados en ellos.

En Francia, la ley es una para todas las ciudades, como para todos los ciudadanos.

Ginebra era protestante; pero era intolerante también. El chisporroteo siniestro de las hogueras acompañaba á la voz lamentosa de sus doctores. El haz de Caloino se encendía y crepitaba tan bien en Ginebra, como el haz de Torquemada en Madrid.

Francia profesa, afirma y practica la libertad de conciencia (1).

(1) El lector conocedor de la Historia, verá cuán arbitrarias son estas conclusiones de V. Hugo, que parangona la Francia moderna con las repúblicas del siglo XVII; es decir, cuando en Francia había las Saint-Barttaley y las hogueras de la plaza de la Greve. En el siglo XVIII, á sus postrimerías, tuvo lugar el horroroso suplicio de Damiens.

¿Quién lo creería? Suíza, en apariencia, popular y agrícola, era un país de privilegios, de jerarquía y de desigualdad. La república estaba dividida en tres regiones. La primera región, comprendía los tres cantones, y tenía la soberanía. La segunda región, contenía la abadía y la ciudad de Saint-Gall, los Grisones, los valaicos, Richterschwyll, Biel y Mulhansen. La tercera región, englobaba, bajo una sujeción pasiva, los países conquistados, sometidos ó comprados. Estos países eran gobernados de la manera más desigual y singular. Así Bade en Argovia, adquirida en 1415, y la Turgovia, adquirida en 1460, pertenecían á los primeros cantones. Los siete primeros cantones regían exclusivamente á las Provincias Libres, tomadas en 1415, y Sargans, que vendió en 1483 á la Suíza el príncipe Jorge de Werdemberg. Estos tres primeros cantones eran señores feudales de Bilitona y de Bellinzona. Ragatz, Lugano, Lucarno, Mendrisio, el Val-Maggia, dados en 1513 á la Confederación por Francisco Sforza, duque de Milán, obedecían á todos los cantones, exceptuando Appenzell.

Francia no admite jerarquías entre las partes de su territorio. La Alsacia es igual á la Turena, el Delfinado tan libre como el Maine, el Franco Condado es tan soberano como la Bretaña, y la Córcega es tan francesa como la isla de Francia.

Como se ve, ha sido suficiente examinar la comparación que hemos esbozado, para conocer que las antiguas repúblicas expresaban generalidades locales; Francia expresa ideas generales.

Las antiguas repúblicas representaban intereses. Francia representa derechos.

Las antiguas repúblicas, sobrevenidas al azar, eran el fruto, tanto como de la historia, del pasado y del suelo. Francia modifica y corrige el árbol; y sobre un pasado que ha sufrido, ingerta un porvenir que ha escogido.

La desigualdad entre los individuos, entre las ciudades, entre las provincias, la inquisición sobre las conciencias, la inquisición sobre la vida privada, la excepción en el impuesto, la venta de los cargos públicos, la división por castas, el silencio impuesto al pensamiento, la desconfianza erigida en ley de estado, una justicia extranjera en el país; he aquí lo que admitían, según la necesidad de su política y de sus intereses, las antiguas repúblicas.

La nación única, el derecho igual, la conciencia inviolable, el pensamiento triunfante, el privilegio abolido, el impuesto equitativo, la justicia nacional, el ejército nacional; he aquí lo que Francia proclama.

Las antiguas repúblicas resultaban siempre de caso dado, frecuentemente único, de una coincidencia de fenómenos, de un arreglo fortuito de elementos disparatados, de un accidente; jamás de un sistema. La Francia cree al mismo tiempo lo que es; discute su base y la critica, y la experimenta sillar por sillar, expone dogmas y concluye el estado; tiene una fe, el mejoramiento; un culto, la libertad; un evangelio, la verdad en todo. Las repúblicas desaparecidas vivían empequeñecidas y sobriamente con su enfermizo manejo político; no pensaban sino en ellas y nada más que en ellas; no proclamaban nada, no enseñaban nada; no molesta-

ban ni cohibían ningún despotismo por la proximidad de su libertad; nada tenían propio que pudiesen dar á título de beneficio á las demás naciones. Francia, estipuló por el pueblo y para todos los pueblos, por el hombre y para todos los hombres, por la conciencia y para todas las conciencias. Tiene lo que salva las naciones, la unidad; no posee la falta que las pierde, el egoísmo. Para Francia, conquistar provincias, es bueno; conquistar espíritus, mejor aún. Las repúblicas del pasado, encastilladas en su fortaleza, practicaban todas algo de limitado y especial; su forma, insistamos sobre este punto, era inaplicable á los demás; la finalidad no salía de entre ellos mismos. Este se construía una señoría, aquél una burguesía, el de más allá una comunidad, el último un almacén. Francia construye la sociedad humana.

Las antiguas repúblicas se han eclipsado. El mundo lo ha advertido apenas. El día en que Francia se extinga, el crepúsculo se hará sobre la tierra.

Estamos, sin embargo, bien lejos de decir que las antiguas repúblicas fueran inútiles para el progreso de Europa, sino que, verdaderamente, Francia es necesaria.

Para resumir en una palabra, de las antiguas repúblicas no salieron sino hechos; de Francia salen principios.

Este es el lado bueno; pero también es el lado malo.

De la misión misma que la Francia se ha impuesto, es decir, que según nosotros, ha recibido de lo alto, resulta más de un peligro, y sobre todo más de una alarma.

La extrema holgura de los principios franceses, hace que los otros pueblos puedan desear ensayarlos. Ser Venecia no tentaría á ninguna nación; ser Francia las tienta á todas. De aquí, movimientos eventuales que temen las coronas.

Francia habla alto, siempre, y á todos. De aquí un gran rumor que despierta á muchos; de aquí una gran sacudida que hace temblar á bastantes.

Con frecuencia, lo que es una promesa para los pueblos, es una amenaza para los príncipes.

Frecuentemente también, quien proclama, declama.

Francia propone muchos problemas á la meditación de los pensadores. Pero lo que hace meditar á los pensadores, hace también brujulear á los insensatos.

Entre estos problemas, hay algunos que los espíritus valientes y verídicos resuelven por el buen sentido; existen otros, que los espíritus falsos resuelven por medio de sofismas, y aun hay algunos que los espíritus feroces resuelven por la sedición, por la emboscada y el asesinato.

Después, y esto sobre todo es el inconveniente de las teorías, se empieza por negar el privilegio, y se tiene razón á puño cerrado; después se niega la herencia, y no se tiene razón sino á medias; después se niega la propiedad, y no se tiene ninguna razón; después se niega la familia, y se comete una sinrazón; después se niega el corazón humano, y se es monstruoso. Aun, negando el privilegio, no se tiene razón, á menos de no distinguir ante todo, entre el privilegio instituído en interés del individuo,

que es malo, y el privilegio instituido en interés de la sociedad, que es bueno. El espíritu del hombre, guiado por esa cosa ciega que se llama lógica, va gustosamente de lo general á lo absoluto, y de lo absoluto á lo abstracto. Y en política, el abstracto se convierte fácilmente en feroz. De abstracción en abstracción, se llega á ser Nerón ó Marat. Durante la mitad del siglo que acaba de transcurrir, Francia, para la que no queremos tener ningún atenuante, ha seguido esta pendiente; pero ha concluido siguiendo la verdadera.

En el 89 soñó un paraíso, en el 93 realizó un infierno; en 1800 fundó una dictadura, en 1815 una restauración, en 1830 un estado libre. Ese estado libre lo ha compuesto de elección y herencia. Ha devorado todas las locuras, antes de llegar á la sabiduría; ha sufrido todas las revoluciones, antes de llegar á la libertad. Y á su sabiduría de hoy, se le echan en cara sus locuras de ayer; á su libertad, se le reprochan sus revoluciones.

Que se nos permita aquí una digresión, que, por otra parte, va indirectamente á nuestro objeto. Todo cuanto se reprocha á Francia, todo cuanto Francia ha hecho, Inglaterra lo había hecho antes que ella, Sólo que... ¿será acaso por esto que á Inglaterra no se la censura nada? sólo que los principios que han surgido de la revolución inglesa, son menos fecundos que los que han brotado de la revolución francesa. Una, egoísta como todas aquellas repúblicas que han muerto, no estipuló sino para el pueblo inglés; la otra, lo hemos dicho hace poco, ha estipulado por la humanidad entera.

Por lo demás, el paralelo es favorable á Francia. Las matanzas de Connaught sobrepujan al 93. La república inglesa ha tenido más poder para el mal que la nuestra, y menos poder para el bien; mató un gran rey, y creó un menos grande hombre. Se admira á Carlos I; á Luis XVI sólo puede compadecersele. En cuanto á Cromwell, el entusiasmo titubea ante este disforme gran hombre. Lo que tiene de Scarrón, malea lo que tiene de Richelieu; lo que tiene de Robespierre, malea lo que tiene de Napoleón.

Se podría decir que la revolución británica fué circumscripita en su empuje y en su irradiación por el mar, como la misma Inglaterra. El mar aísla las ideas y los acontecimientos, como los pueblos. El protectorado de 1657, es al imperio de 1811, en la proporción de una isla á un continente.

Por sorprendentes que fuesen, en la misma mitad del siglo XVII, aquellas aventuras de una poderosa nación, los contemporáneos apenas creyeron en ellas. Nada preciso se dibujaba en aquel extraño tumulto. Los pueblos de aquende el estrecho, no entreveían las grandes y fatales figuras de la revolución inglesa, sino detrás de la espuma de las rompientes y las brumas del Océano. La sombría y tempestuosa tragedia donde chispeaban la espada de Cromwell y el hacha de Hewlet, no se aparecía á los reyes del continente sino á través del eterno velo de tempestades que la naturaleza despliega entre Inglaterra y Europa. A tal distancia, y con tal bruma, no se figuraban hombres, sino sombras.

Cosa digna de notarse y de insistir en ella, du-

rante el espacio de medio siglo, dos cabezas reales cayeron en Inglaterra, una sobre un tajo regio, otra sobre un cadalso popular, sin que las testas coronadas de Europa se emocionasen más allá de la compasión. Cuando la cabeza de Luis XVI cayó en París, la cosa pareció del todo nueva, y el atentado, inaudito. El golpe descargado por las viles manos de Marat y de Couthón, resonó más lejos en el terror de los reyes que los dos golpes descargados por el brazo soberano de Isabel, y por el brazo formidable de Cromwell.

Podría decirse con exactitud, que para el mundo, lo que no había hecho Francia todavía, no estaba hecho aún.

1587 y 1649, dos fechas, sin embargo, bien lúgubres, parece como si no hubiesen existido, y desaparecen al centelleo horrible de estas cuatro cifras siniestras: 1793.

Es cierto, en cuanto á Inglaterra, que el *penitus toto divisos orbe britannos*, ha sido verdad largo tiempo. Y hasta cierto punto, es verdad aún. Inglaterra está á más distancia del continente que ella misma se figura. El rey Canuto el Grande, que floreció en el siglo XI, parece para la Europa tan remoto como Carlomagno. Para la mirada histórica, los caballeros de la tabla redonda retroceden en las brumas del medioeval, casi en la misma escena que los paladines. La fama de Shakespeare ha tardado ciento cuarenta años en atravesar el estrecho. En nuestros días, cuatrocientos hijos de París, silenciosamente amontonados como las moscas de Octubre, en los ángulos ennegrecidos de la antigua puerta

de San Martín, y discurriendo tres noches por el arroyo, turban más fácilmente á Europa que todo el salvaje estrépito de las elecciones inglesas.

Hay pues, en el miedo que la Francia inspira á los príncipes europeos, un efecto de óptica y un efecto acústico, doble aumento del cual convendría desconfiar. Los reyes no ven á Francia tal como es. Inglaterra hace daño; Francia hace ruido.

Las diversas objeciones que opone Europa, sobre todo desde 1830, al espíritu francés, deben, en nuestro criterio, ser abordadas de frente, y por nuestra parte, no retrocederemos ante ninguna. En el siglo XIX, lo proclamaremos con júbilo y orgullo, el objeto de la Francia es el pueblo, es la elevación gradual de las inteligencias, es el mejoramiento progresivo de la suerte de clases numerosas y desheredadas; es, el presente mejorado por la educación de los hombres, el porvenir seguro por la educación de los niños. Es, ciertamente, una santa é ilustre misión. No disimulamos, sin embargo, que á esta hora una porción del pueblo, seguramente la menos digna, y quizás la menos paciente, parece agitada por malos instintos; la envidia y los celos se despiertan entre ellos; el vago de abajo mira con cólera al ocioso de arriba, al cual se asemeja sin embargo; y colocado entre estos dos extremos, que se tocan más de lo que se cree, la verdadera sociedad, la gran sociedad que trabaja y que piensa, parece amenazada en el conflicto. Un trabajo subterráneo de odio y de cólera se elabora en la sombra, de vez en cuando, estallan graves síntomas, y no negaremos que los hombres sabios, hoy tan afec-

tuosamente inclinados hacia las clases menesterosas, lleguen á abrigar alguna duda respecto á sus simpatías. Según nosotros, se está en el caso de vigilar, no en el de espantar. En estos hechos de los cuales la Europa se alarma, y llama inauditos, no hay, si bien se mira, nada de nuevo. Inglaterra ha tenido revolucionarios antes que nosotros; Alemania, perdónenos que se lo digamos, ha tenido comunistas antes que nosotros. Antes que Francia, Inglaterra decapitaba á sus monarcas; antes que Francia, Bohemia había negado la sociedad. Los husitas, ignoro si nuestros sectarios contemporáneos lo saben, habían practicado desde el siglo XV, todas sus teorías.

Arbolaban dos banderas; en una de ellas habían escrito: *¡Venganza del pequeño contra el grande!* Y así atacaban el orden social momentáneo; sobre la otra escribían: *¡Reducid á cinco todas las ciudades de la tierra!* y así atacaban el orden social eterno. Se ve que, por la idea, eran tan «avanzados», como los que se llaman hoy comunistas; por la acción, véase lo que eran: habían rechazado un rey, Segismundo, de su capital, Praga; eran dueños de un reino, Bohemia; tenían un general, hombre de genio, Ziska; desafiaron un concilio, el de Bale, en 1431, y ocho dietas, la de Viena, la de Presburgo, los dos de Francfort y las tres de Nuremberg; celebraron entre ellos una dieta en Czaslán, deponiendo solemnemente un rey, y creando una regencia; afrontaron dos cruzadas suscitadas por ellos contra Martín V; espantaron á Europa de tal modo, que se estableció contra ellos un consejo de guerra

permanente en Nuremberg, una milicia perpetua mandada por el elector de Brandeburgo, una paz general que permitió á la Alemania reunir todas sus fuerzas para exterminarlos, y un impuesto universal, *el dinero común* (1), que el príncipe soberano pagaba como el campesino. El terror de su proximidad había hecho transportar la corona de Carlomagno y las joyas del imperio de Carlstein á Buda y de Buda á Nuremberg.

Habían devastado espantosamente, en presencia de la Alemania, armada y asombrada, ocho provincias, la Misnia, la Franconia, la Baviera, la Lusacia, Saxe, Austria, el Brandeburgo y la Prusia; habían derrotado á los mejores generales de Europa, al emperador Segismundo, al duque Coribuc Jagellón, al cardenal Julián, el elector de Brandeburgo y al legado del papa. Delante de Praga, á Tenschbroda, á Saatz, á Aussig, á Riesemberg, delante de Mies y delante de Tans, habían exterminado ocho veces el ejército del Sacro-Imperio, y entre estos ocho ejércitos había uno de cien mil hombres, mandado por el emperador Segismundo, uno de ciento veinte mil hombres, mandado por el general Julián, y uno de doscientos mil hombres mandado por los electores de Tréveris, de Saxe y de Brandeburgo.

Este último solamente, en el estado de las fuerzas militares del siglo XV, representa hoy un ejército de un millón doscientos mil hombres. ¿Y cuánto

(1) *le denier commum...* el denairo, el óbolo que aportan todos á una causa de interés general. Esta es sin duda la acepción de la frase. (N. del T.)

tiempo duró esta guerra hecha por una secta á la Europa, y al género humano? Dieciséis años, de 1420 á 1436. Sin duda ninguna, era aquél un salvaje y gigantesco enemigo. Pues bien, la civilización del siglo XV, por lo mismo que aquélla era la barbarie y ella era la civilización, fué lo bastante fuerte para dominarla y ahogarla. ¿Cree alguien que la civilización del siglo XIX debe temblar ante media docena de ociosos ebrios que deletrean un libelo en una taberna?

Algunos desgraciados, unidos á algunos miserables, he aquí los hussitas del siglo XIX. Contra semejante secta, contra semejante peligro, bastan dos cosas, la luz en los espíritus, un cabo y cuatro soldados en la calle.

Tranquilicemos pues, y tranquilicemos al continente.

Dejando á Rusia y á Inglaterra en la excepción, y ya hemos dicho por qué, se reconocen en Europa, sin contar los pequeños estados, dos modos de monarquías, las antiguas y las modernas. Salvo las restricciones de detalle, las antiguas declinan, y las nuevas se engrandecen. Las antiguas son: España, Portugal, Suecia, Dinamarca, Roma, Nápoles y Turquía. A la cabeza de estas antiguas está Austria, gran potencia alemana. Las nuevas son: Bélgica, Holanda, Saxe, Baviera, Wurtemberg, Cerdeña y Grecia. A la cabeza de estos jóvenes reinos está Prusia, otra gran potencia alemana. Una sola monarquía en ese grupo de estados de toda edad, goza de un magnífico privilegio, es joven y vieja á la vez, tiene tanto pasado como Austria y tanto porvenir como Prusia; esa es Francia.

¿No indica esto claramente el papel de Francia? La Francia es el punto de intersección de lo que ha sido y de lo que será, el lazo común de antiguos reinos y jóvenes naciones, el pueblo que recuerda y el pueblo que espera. El río de los siglos puede deslizarse, el paso de la humanidad está asegurado; la Francia es el puente granítico que conducirá las generaciones de una orilla á la otra.

¿Quién pues, pensará en demoler ese puente providencial? ¿Quién puede pues pensar en destruir ó desmembrar á la Francia? Dar en ello sería confesarse loco. Lograrlo sería hacerse parricida.

Lo que inquieta extrañamente á las coronas, es que Francia, por ese poder de dilatación que es propio á todos los principios generosos, tiende á difundir la libertad fuera de su recinto.

Aquí es necesario entenderse.

La libertad es necesaria al hombre. Se podría decir, que la libertad es el aire respirable del alma humana. Bajo la forma que sea, el hombre la necesita. Ciertamente todos los pueblos europeos no son completamente libres; pero todos lo son por un lado. Aquí es la ciudad la libre, allá es el individuo; aquí lo es la plaza pública, allá lo es la vida privada; aquí es la conciencia, allá es la opinión. Se podría decir, que hay naciones que no respiran sino por una de sus facultades, como hay enfermos que no respiran sino por uno de sus pulmones.

El día en que esta respiración le sea impedida ó imposible, la nación y el enfermo perecen. Entre tanto, viven, hasta el día en que recobren por completo la salud, es decir, la plena libertad. Algunas

veces la libertad está en el clima; es la naturaleza quien la hace y la da. Ir semidesnudo, con el bonete rojo sobre la cabeza, con un harapo de tela por calzones, y un harapo de lana por capa; dejarse acariciar por el aire tibio, por el sol radiante, por el cielo azul, por el mar azul; acostarse en el quicio del palacio á la misma hora que el rey se acuesta en la alcoba real, y dormir mejor fuera que el rey dentro; hacer lo que se quiere; existir casi sin trabajar, trabajar casi sin fatiga, cantar tarde y mañana, vivir como los pájaros; esta es la libertad del pueblo de Nápoles.

Algunas veces la libertad está en el carácter mismo de la nación; allí es un don del cielo. Recostarse todo el día en la mesa de una taberna, fumar el mejor tabaco, libar la mejor cerveza, beber el mejor vino, no quitarse la pipa de la boca sino para llevar el vaso, y sin embargo, abrir de par en par las alas de su alma, evocar en su cerebro los poetas y los filósofos, despejar del todo la virtud, construir utopías, despejar el presente, construir el porvenir, hacer vivir todos los hermosos sueños, que velan la fealdad de las realidades, olvidar y recordar á la vez, y vivir así, noble, grave, serio, el cuerpo entre el humo, el espíritu en las quimeras; esta es la libertad alemana.

El napolitano tiene la libertad moral; la libertad del lazzarone ha hecho á Rossini; la libertad de Alemania ha hecho á Hoffman. Nosotros, los franceses, tenemos la libertad moral como el alemán, y la libertad política como el inglés; pero no tenemos la libertad material. Somos esclavos del clima; so-

mos esclavos del trabajo. Esa palabra dulce y encantadora, *libre como el aire*, la puede decir el lazaronero; pero no se puede decir de nosotros. No se nos compadezca, porque la libertad material es la única que puede pasarse de dignidad; y en Francia, al punto de iniciativa civilizadora á que la nación ha llegado, no es suficiente que el individuo sea libre, es preciso además, que sea digno. Nuestra parte es hermosa. Francia es tan noble como la noble Alemania; y con la venaja sobre Alemania, de que tiene el derecho de aplicar la fuerza fecundante de su espíritu al mejoramiento de las realidades. Los alemanes tienen la libertad del ensueño, nosotros tenemos la libertad del pensamiento.

Pero para que el libre pensamiento sea contagioso, es necesario que los pueblos hayan sufrido largas preparaciones, más divinas aún que humanas. Aun no lo están allá. El día que lo logren, el pensamiento francés, madurado por todo lo que habrá visto y por todo lo que habrá hecho, lejos de perder á los reyes, los salvará.

Esta es cuando menos, nuestra profunda convicción.

¿Por qué pues, embarazar y debilitar esta Francia, que quizás será en el porvenir la providencia de las naciones?

¿A qué rehusarle lo que le pertenece?

Se recordará, que no hemos querido sacar de este problema, sino una conclusión pacífica; pero en realidad, ¿no podrá haber otra? Hay ya en el platillo de la balanza en que se pesará un día la cuestión del Rhin, un gran peso: el buen derecho

de Francia. ¿Será necesario añadir otro peso terrible: la cólera de Francia?

Somos de los que creen que las cosas no llegarán ahí.

Piénsese en lo que es la Francia.

Viena, Berlín, San Petersburgo, Londres, no son sino ciudades. París es un cerebro.

Desde hace veinticinco años, la Francia mutilada no ha cesado de engrandecerse con esa grandeza que no se ve con los ojos de la carne; pero que es la más real de todas: la grandeza intelectual. En la hora que estamos, el espíritu francés se substituye poco á poco en el alma vieja de cada nación.

Las más altas inteligencias que hoy representan por el universo entero la política, la literatura, la ciencia y el arte, Francia las posee y las aporta á la civilización.

Que se la satisfaga pues. Sobre todo, que se reflexione esto.

Europa no puede estar tranquila en tanto que Francia no esté contenta.

Y después de todo, finalmente, ¿qué interés podrá tener Europa en que la Francia, inquieta, comprimida en la angostura de unas fronteras contra natura, obligada á buscar una salida para la savia que hierve en ella, se convierta forzosamente, en defecto de otro papel, en una Roma de la civilización moderna, debilitada materialmente, pero moralmente engrandecida? Metrópoli de la humanidad como la otra Roma lo es de la cristiandad, ganando en influencia más que habrá perdido en territorio, encontrando bajo una forma la supremacía que

le pertenece y que no se le arrebatará jamás, reemplazando su antigua preponderancia militar por un formidable poder espiritual que hará palpitár al mundo, vibrar las fibras de todo hombre y temblar la base de todo trono, siempre inviolable por su espada, pero reina de hoy más por su sacerdocio literario, por su lengua universal en el siglo XIX, como el latín lo era en el XII, por sus periódicos, por su iniciativa central, por las simpatías, secretas ó públicas, pero profundas, de las naciones, teniendo sus grandes escritores por papas, ¡y qué más papa que Pascall! sus grandes sofistas por anticristos, ¡y qué más anticristo que un Voltaire! tan pronto iluminando, tan pronto abrasando el continente con su prensa, como lo hacía Roma con su púlpito, comprendida porque será escuchada, obedecida porque será creída, indestructible porque echará una raíz en el corazón de cada cual, deponiendo dinastías en nombre de la libertad, excomulgando reyes de la gran comunión humana, dictando cartas-evangelios, promulgando breves populares, lanzando ideas y fulminando revoluciones.



XVI

Recapitulemos.

Hace doscientos años, dos estados invasores oprimían á Europa.

En otros términos, dos egoísmos amenazaban la civilización.

Aquellos dos estados, aquellos dos egoísmos eran Turquía y España.

Europa se defendió.

Aquellos dos estados han caído.

Hoy se reproduce el alarmante fenómeno.

Otros dos estados, asentados sobre las mismas bases que los precedentes, fuertes con las mismas fuerzas y movidos por los mismos móviles, amenazan á Europa.

Esos dos estados, esos dos egoísmos son Rusia é Inglaterra.

Europa debe defenderse.

La antigua Europa, que era de una construcción complicada, se ha demolido; la Europa actual es de una forma más sencilla. Se compone esencialmente de Francia y de Alemania, doble centro en el cual debe apoyar, tanto al norte como al mediodía, el grupo de naciones.

La alianza de Francia y Alemania, es la constitución de Europa. Alemania, unida á Francia, detendrá á Rusia; Francia, amistosamente apoyada en Alemania, detendrá á Inglaterra.

La desunión de Francia y Alemania es la dislocación de Europa. Alemania, hostilmente vuelta contra Francia, deja paso á Rusia; Francia, hostilmente vuelta contra Alemania, deja paso á Inglaterra.

Así pues, lo que necesitan esos dos invasores, es la desunión de Alemania y Francia.

Esta desunión ha sido preparada y combinada hábilmente, en 1815, por la política anglo-rusa.

Esta política ha creado un motivo permanente de animosidad entre las dos naciones centrales.

Este motivo de animosidad es la donación de la orilla izquierda del Rin á Alemania. Y esta orilla izquierda pertenece naturalmente á Francia.

Para que la presa quedase bien guardada, se le ha dado al más joven y más fuerte de los pueblos alemanes: á la Prusia.

El congreso de Viena ha puesto fronteras, como se ponen arreos, sin escoger, á salga lo que saliere. Las que le ha fijado á la Francia, anonadada, agotada y vencida, es una camisa de fuerza; es demasiado estrecha para ella, le molesta y la hace sangrar.

Gracias á la política de Londres y San Petersburgo, desde hace veinticinco años, venimos sintiendo el aguijón de la Alemania en la herida de la Francia.

De aquí, en efecto, entre los dos pueblos, hechos para comprenderse y amarse, una antipatía que puede convertirse en odio.

Mientras las dos naciones centrales se temen, se observan y se amenazan, Rusia se desenvuelve si-

lenciosamente, Inglaterra se extiende en la sombra.

El peligro crece de día en día. Existe una mina abierta. Un gran incendio se incuba quizás en las tinieblas. El año último, gracias á Inglaterra, faltó poco para que el fuego estallase.

¿Y quién podrá decir lo que será de Europa en este abrasamiento, llena como está de espíritus, de cabezas y de naciones combustibles?

La civilización perecerá.

No puede perecer. Es, por lo tanto, necesario que las dos naciones centrales se entiendan.

Felizmente, ni Alemania ni Francia son egoístas. Son dos pueblos sinceros, desinteresados y nobles, antes naciones de caballeros, hoy naciones de pensadores; antes grandes por las espadas, hoy grandes por el espíritu. Su presente no desmentirá su pasado; el espíritu no es menos generoso que la espada.

He aquí la solución: abolir todo motivo de odio entre los dos pueblos; cerrar la herida hecha en nuestro costado el 1815; borrar las huellas de una reacción violenta; devolver á la Francia lo que Dios le ha dado: la orilla izquierda del Rhin.

Para esto hay dos obstáculos.

Un obstáculo material: la Prusia. Pero Prusia comprenderá, tarde ó temprano, que para que un estado sea fuerte, es preciso que todas sus partes estén soldadas entre sí; que la unidad vivifica, y el fraccionamiento mata; que tiene derecho á convertirse en el gran estado septentrional de Alemania; que necesita puertos libres, y que, por hermoso que sea el Rhin, el Océano vale más.

Por otra parte, en todos los casos conservaría la orilla derecha del Rhin.

Un obstáculo moral: la desconfianza que Francia inspira á los reyes europeos, y por consecuencia, la necesidad aparente de debilitarla. Ese es precisamente el peligro. No se debilita á Francia, sino que se la irrita. Francia es peligrosa; tranquila, procede por gradaciones; vejada, procede por revoluciones.

Ambos obstáculos desaparecerán. ¿Cómo? Dios lo sabe; pero seguramente desaparecerán.

Andando el tiempo, Francia tendrá su parte de Rhin y sus fronteras naturales.

Esta situación constituirá la Europa, salvará la sociabilidad humana y fundará la paz definitiva.

Todos los pueblos ganarán en ello. España, por ejemplo, que ha permanecido ilustre, podrá ser potente otra vez. Inglaterra quería hacer de España el mercado de sus productos, el punto de apoyo de su navegación; Francia haría de España la hermana de su influencia, de su política y de su civilización. España puede escoger; continuar descendiendo, ó empezar á subir; ser un anejo de Gibraltar, ó un contrafuerte de Francia.

España escogerá la grandeza.

Tal es, según nosotros, para el continente entero, el porvenir inevitable, ya visible y distinto en el crepúsculo de las cosas futuras.

Una vez desaparecido el motivo de odio, ningún pueblo es de temer para Europa. Que la Alemania sacuda sus melenas y lance su rugido hacia Oriente; que Francia abra sus alas y dirija sus rayos hacia Occidente. Ante el formidable acuerdo del león y del águila, obedecerá el mundo.



XVII

Que no se confunda nuestro pensamiento; estimamos que Europa debe, á todo evento, vigilar las revoluciones y fortificarse contra las guerras; pero también pensamos que si algún incidente, fuera de las previsiones naturales, no viene á turbar lá marcha majestuosa del siglo XIX, la civilización, ya salvada de tantos escollos, se irá alejando cada vez más de esa Caribdis llamada revolución.

Utopia, sea. Pero que no se olvide que cuando van al mismo fin que la humanidad, es decir, hacia el bien, hacia la justicia y hacia la verdad, las utopias de un siglo son los hechos del siglo siguiente. Hay hombres que dicen: *esto será*; hay otros hombres que dicen: *ved cómo*. La paz perpetua ha sido un sueño hasta el día en que el sueño se ha hecho camino de hierro, y ha cubierto la tierra con una red sólida, tenaz y viva. Wat es el complemento de la abadía de San Pedro.

Antes, á todas las palabras de los filósofos, se decía: *Sueños y quimeras que se irán en humo*. No nos ríamos del mundo; él es quien une el mundo.

Para que la paz perpetua fuese posible y se convirtiese de teoría en realidad, se necesitaban dos cosas: un vehículo para el servicio rápido de las ideas, ó en otros términos, un modo de transporte uniforme, unitario y soberano, y una lengua gene-

ral. Esos dos vehículos, que tienden á borrar la distancia entre los imperios y las inteligencias, los posee hoy el universo; el primero es el ferrocarril, el segundo la lengua francesa.

Tales son en el siglo XIX, para todos los pueblos en vías de progreso, los dos medios de comunicación, es decir, de civilización, es decir, de paz. Se va en ferrocarril y se habla en francés.

El ferrocarril reina por la omnipotencia de su rapidez; la lengua francesa por su claridad, que es la rapidez de una lengua y por la reina supremacía de su literatura.

Detalle notable que será casi increíble para el porvenir y que es imposible no señalar de paso: de todos los pueblos y de todos los gobiernos que se sirven hoy de esos dos admirables medios de comunicación y de cambio, el gobierno de Francia es el que menos cuenta se ha dado de su eficacia. En la hora que hablamos, apenas si cuenta Francia con algunas leguas de camino férreo. En 1837, se le ha dado una pequeña línea, como un juguete á ese gran niño que se llama París, y durante cuatro años, nos hemos estacionado ahí. En cuanto á la lengua francesa, en cuanto á la literatura francesa, brilla y resplandece entre todos los gobiernos y entre todas las naciones, excepto entre el gobierno francés. Francia ha tenido y tiene aún la primera literatura del mundo. Hoy, no dejaremos de repetirlo, no es solamente la primera; es la única. Todo pensamiento que no sea suyo, se ha extinguido. El gobierno actual parece ignorarlo, y se conduce en consecuencia, y es esta, lo decimos con una profunda bene-

volencia y una sincera simpatía, una de las mayores faltas que ha cometido desde hace once años. Tiempo es ya de que abra los ojos; tiempo es ya de que se preocupe, y de que se preocupe seriamente, de las nuevas generaciones, que son literarias hoy, como eran militares bajo el imperio. Llegan sin cólera, porque rebosan de pensamiento, llegan con la luz en la mano; pero que piense en ello; ya lo hemos dicho hace poco y en otra forma; lo que alumbra, puede incendiar también. Que se les acoja pues y se les dé su sitio. El arte es un poder; la literatura es una potencia. Se necesita, pues, respetar todo poder y atraerse toda potencia.

Reanudemos. Según nuestro pensamiento pues, si el porvenir trae lo que esperamos, las probabilidades de guerras y revoluciones irán disminuyendo de día en día. En nuestro sentir, no desaparecen del todo. La paz universal es una hipérbole en la que el género humano es la asíntota.

Seguir esta radiante asíntota, he aquí la ley de la humanidad. En el siglo actual, todas las naciones van ahí ó irán ahí, aun Rusia é Inglaterra.

En cuanto á nosotros, á condición de que la Europa central quedase constituida como hemos indicado, somos de los que veríamos sin celos y sin inquietud á Rusia, que el Cáucaso detiene en este momento, dar la vuelta al mar Negro, y como anteriormente los turcos, esos otros hombres del Norte, llegar de Constantinopla por el Asia Menor. Ya lo hemos dicho; Rusia es maléfica á Europa y benéfica al Asia. Para nosotros es oscura; para el Asia, luminosa; para nosotros, bárbara; para el Asia, cris-

tiana. Los pueblos no están iluminados todos en el mismo grado ni de la misma manera; en Asia es de noche, de día en Europa. Rusia en una lámpara.

Que vuelva pues hacia el Asia, y difunda allí su claridad, y el imperio otomano destruído, gran hecho providencial que salvará la civilización, que entre en Europa por Constantinopla. Francia, restablecida en su grandeza, verá con simpatía la cruz griega reemplazando la media-luna sobre la antigua catedral bizantina de Santa Sofía. Después de los turcos, los rusos; ese es un paso.

Nosotros creemos que el noble y piadoso emperador que conduce, en el momento en que hablamos, tantos millones de habitantes hacia tan hermosos destinos, es digno de dar ese gran paso, y en cuanto á nosotros, lo deseamos ardientemente. Pero que piense en que el cruel trato que ha sufrido Polonia, puede ser un obstáculo para su pueblo en lo presente, y una objeción á su gloria ante la posteridad. El grito de Grecia ha sublevado á Europa contra los turcos. Esto es para el imperio. El Palatinado ha empañado á Turena. Esto es para el emperador.

Cuando se profundiza el papel que desempeña Inglaterra en los asuntos universales, y particularmente su guerra, tan pronto sorda, tan pronto fragante, pero perdurable, con Francia, es imposible no pensar en ese antiguo espíritu púnico que ha luchado tanto tiempo contra la antigua civilización latina. El espíritu púnico es el espíritu de comercio, es espíritu aventurero, el espíritu de navegación, el espíritu de lucro, el espíritu de egoísmo, y

después es todavía otra cosa: es el espíritu púnico. La Historia va á cogerlo en el fondo del Mediterráneo, en Fenicia, en Tiro y en Sidón. Es antipático á la Grecia, que lo rechaza. Parte, bordea la costa de Africa, y funda á Cartago, y de allí corre á agobiar á Italia. Scipión lo combate, triunfa de él, y cree haberlo destruído. ¡Error! El talón del cónsul no ha aplastado más que murallas; el espíritu púnico ha sobrevivido. Cartago no ha muerto. A los dos mil años retoñó en Europa. Primero, se instaló en España, donde creyó encontrar en su memoria el recuerdo fenicio del *mundo perdido*; fué á buscar la América á través de los mares, se apoderó de ella, y ya hemos visto como, encastillado en la península española, asió por un momento el universo entero. La Providencia le hizo soltar la presa. Ahora está en Inglaterra; de nuevo ha vuelto á envolver el mundo, lo tiene, y amenaza á Europa. Pero si Cartago ha cambiado de sitio, Roma ha hecho otro tanto. Cartago la encuentra frente á frente en la orilla opuesta. Antaño, Roma llamóse *Urbs*, vigilaba el Mediterráneo y miraba á Africa; hoy Roma se llama París, vigila el Océano y mira á Inglaterra.

Este antagonismo de Inglaterra y Francia es tan chocante, que todas las naciones se dan cuenta de ello. Acabamos de representarlas por Cartago y Roma; otros la han expresado diversamente; pero siempre de un modo contundente y en algún modo, visible. *Inglaterra es el gato*, decía el gran Federico, *y Francia es el perro*.—*En derecho*, decía el le-gista Honard, *los ingleses son los judios, los fran-*

ceses los cristianos. Aun los mismos salvajes parecen sentir vagamente esta profunda antítesis de dos grandes naciones civilizadas. *El Cristo, dicen los indios de América, era un francés que los ingleses crucificaron en Londres. Poncio Pilatos era un oficial al servicio de Inglaterra.*

Pues bien; nuestra fe en el inevitable porvenir es tan religiosa, sentimos para la humanidad tan altas ambiciones y tan firmes esperanzas, que en nuestra convicción, Dios no puede por menos que destruir un día, en lo que tenga de pernicioso, ese antagonismo de los dos pueblos, por radical que parezca ser.

Infaliblemente, ó Inglaterra perecerá bajo la formidable reacción del universo, ó comprenderá que el tiempo de los Cartago se ha ido. Según nosotros, comprenderá esto. No siendo bajo el punto de vista de la especulación, la fe púnica es una mala bandera; la perfidia es un incómodo prospecto. Tomar constantemente por mercancía á la humanidad entera, es peligroso; no tener sino un viento sobre su vela, el propio interés, es triste; ir siempre en ayuda del fuerte contra el débil, es cobarde; satirizar incesantemente lo que se llama *política sentimental*, y no dar nunca nada al honor, á la gloria, á la afección, á la simpatía, al mejoramiento de la suerte del prójimo, es un pequeño papel para un gran pueblo. Inglaterra lo notará.

Las islas están hechas para servir á los continentes, no para dominarlos; los navíos están hechos para servir á las ciudades, que son la obra maestra de los hombres, mientras que los navíos son la se-

gunda. El mar es un camino, no una patria. La navegación es un medio, no un objeto. Si no transporta la civilización, el Océano que se la trague.

Que la red de los innumerables surcos de todas las marinas se una y se solde cabo con cabo á la red de todos los caminos de hierro, para continuar sobre el Océano la inmensa circulación de intereses, de perfeccionamientos y de ideas; que por esas mil venas la sociabilidad europea se difunda á las extremidades de la tierra, que Inglaterra tenga la primera de esas marinas, siempre que Francia tenga la segunda, nada de mejor. De este modo Inglaterra seguirá su ley, siguiendo la ley general. De este modo, el principio vivificante del globo será representado por tres naciones: Inglaterra, que tendrá la actividad comercial; Alemania, que tendrá la expansión moral; Francia, que tendrá la radiación intelectual.

Como se ve, nuestro pensamiento no excluye á nadie. La Providencia no maldice ni deshereda á ningún pueblo. Según nosotros, las naciones que pierden su porvenir, lo pierden por su culpa.

De hoy más, esclarecer las naciones que aun son oscuras, será la función de las naciones esclarecidas. Educar al género humano es la misión de Europa.

Todos los pueblos de Europa deberán contribuir á esta santa y grande obra en la proporción de su propia luz. Todos deben ponerse en relación con la parte de humanidad sobre que puedan obrar. Todos no sirven para todo.

Francia, por ejemplo, no sabría colonizar, y lo

conseguiría á duras penas. La civilización completa, á la vez delicada y pensadora, humana en todo, y por decirlo así, con exceso, no tiene absolutamente ningún punto de contacto con el estado salvaje. Cosa que parecerá extraña y que es cierta no obstante: lo que le falta en Argel á Francia, es un poco de barbarie. Los turcos iban más deprisa, más seguramente y más lejos; sabían mejor el arte de cortar cabezas.

La primera cosa que hace impresión en el salvaje, no es la razón, es la fuerza.

Lo que falta á Francia, lo tiene Inglaterra, y Rusia asimismo.

Conviene pues, para los primeros trabajos de la civilización; Francia para el segundo. La enseñanza de los pueblos tiene dos grados: la colonización y la civilización. Inglaterra y Rusia colonizarán el mundo bárbaro; Francia civilizará el mundo colonizado.



XVIII

Permítasenos, para terminar, que nos alejemos un poco del asunto, para dar paso á una última reflexión. Por grandes y nobles que sean las ideas que forman las nacionalidades y que agrupan los continentes, se siente, sin embargo, cuando se las ha recorrido, la necesidad de elevarse más alto aún y de abordar algunas de esas leyes generales de la humanidad que rigen también el mundo moral como el mundo material, y que fecundan, sobreponiéndose aquí y allá, las ideas nacionales y continentales.

Nada de lo que vamos á decir desmiente ó niega, todo lo contrario, corrobora cuanto acabamos de decir en las páginas que se han leído. Solamente abrazamos esto y otra cosa aún. Es, antes de concluir, un postrimer consejo que se dirige á los espíritus especulativos y metafísicos, tanto como á los hombres prácticos. Remontándonos de idea en idea, hemos llegado á la cima de nuestro pensamiento; es, antes de descender, una última ojeada sobre este horizonte ensanchado. Nada más.

Tiempo atrás, en el tiempo en que vivían las antiguas sociedades, el mediodía gobernaba al mundo, y el norte lo trastornaba; así también, en un orden de hechos diferentes, pero paralelo, la aristocracia, rica, esclarecida y feliz, manejaba el estado,

y la democracia, pobre, sombría y miserable, lo turbaba.

Por diversas que sean en apariencia, al primer golpe de vista, la historia exterior de la historia interior de las naciones, desde hace tres mil años, en el fondo de esas dos historias no existe sino un solo hecho: la lucha del malestar contra el bienestar. En ciertos momentos, los pueblos mal situados descomponen el orden europeo, las clases mal colocadas descomponen el orden social. Tan pronto la Europa, tan pronto el estado, son bruscamente, violentamente atacados; la Europa, por aquellos que tienen frío; el estado, por aquellos que tienen hambre, es decir, una por el norte, el otro por el pueblo. El norte procede por invasiones; el pueblo por revoluciones. De esto resulta que en ciertas épocas la civilización se detiene y desaparece momentáneamente bajo espantosas irrupciones de bárbaros, que vienen, unos de fuera y otros de dentro; unos acuden al mediodía del fondo del continente, otros suben hacia el poder del último escalón de la sociedad. Los intervalos que separan estas grandes, y digámoslo, estas fecundas aun cuando dolorosas catástrofes, no son otra cosa que la medida de la paciencia humana, marcada por la Providencia en la Historia. Son cifras puestas allí para cooperar á la solución de este sombrío problema. ¿Cuánto tiempo puede soportar el frío una parte de la humanidad? ¿Cuánto tiempo una parte de la sociedad puede soportar el hambre?

Hoy, sin embargo, parece que va á revelarse una nueva ley, que data, por el primer orden de he-

chos, del desmembramiento de la monarquía española, y por el segundo, de la transformación de la monarquía francesa. Se diría que la Providencia, que tiende sin cesar al equilibrio y que corrige por continuos aminoramientos las oscilaciones demasiado violentas de la humanidad, quiere retirar poco á poco á las regiones extremas de la Europa, y á las clases extremas de los estados, ese extraño derecho de vías de hecho que se había irrogado hasta aquí, los unos para tiranizar y excluir, los otros para agitar y destruir. El gobierno del mundo parece pertenecer de hoy más á las regiones templadas y á la clase media. Carlos Quinto fué el último representante de la dominación meridional, como Luis XIV el último gran representante de la monarquía exclusiva. Sin embargo, aun cuando el mediodía no reine ya sobre Europa, aun cuando la aristocracia no reine ya sobre la sociedad, no lo olvidemos, las clases medias y las naciones intermediarias no pueden guardar el poder sino á condición de abrir sus filas. Masas profundas gimen y sufren en las regiones extremas, y esperan, por decirlo así, que les llegue el turno. El norte y el pueblo son el reservatorio de la humanidad. Ayudémosles á deslizarse tranquilamente hacia los lugares, hacia las cosas y hacia las ideas que deben fecundar.

No permitamos que se desborden. Ofrezcamos, á la vez por prudencia y por deber, una salida ancha y pacífica á las naciones mal situadas, hacia las zonas favorecidas por el sol, y á las clases desheredadas, hacia los goces sociales. Suprimamos el malestar por todo; esto será suprimir las causas de las

guerras en el continente, y las causas de revoluciones en el estado. Para la política exterior como para la política interior, para las naciones entre sí, como para las clases en el país, para Europa como para la sociedad, el secreto de la paz está quizás en una sola palabra: darle al norte su parte de medio-día, y al pueblo su parte de poder.

París.—Julio de 1841.

FIN